

ELLOS Nº 2

LOUIS G. MILK

LOUIS G. MILK

ELLOS N. ° 2

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 **Dr. Julián Álvarez, 151**
Barcelona **Buenos**
Aires

Depósito Legal: B. - 34139 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

PRÓLOGO

Hace muchos años, escribí una novela titulada «Ellos». «Ellos» eran los invasores extraterrestres que venían a conquistar nuestro planeta y que, finalmente, eran rechazados y expulsados.

Por ahora, no corrernos riesgo de ser invadidos por unos seres no nacidos en la Tierra. El riesgo de invasión procede de nosotros mismos.

Sí, tal vez en este mismo momento, se estén preparando ya quienes han de conquistarnos y sojuzgarnos, no con la fuerza de las armas, temible siempre, pero resistible, a fin de cuentas, sino con otra fuerza: la fuerza mental, para la que no hay resistencia posible.

La invasión vendrá de dentro. Quizá los invasores están dando los primeros pasos para su marcha de conquista total. Acaso uno de ellos está a la vuelta de la esquina, pacífico ciudadano de aspecto vulgar, tendero, profesor, mecánico, conquistador de todos nosotros, en suma.

Por dicha razón, esta novela ha recibido el titulo de «ELLOS N.° 2».

«Ellos» son los invasores, quienes ya están aquí. ¿No será usted, lector, uno de esos invasores?

El Autor.

CAPÍTULO I

Desde muy pequeño ya, Jimmy Beand dio muestras de una notable precocidad.

Puede decirse que la primera muestra la dio a los cuatro meses, aunque entonces lo llamaron instinto. Años más tarde, su madre, la señora Beand, calificó la cosa de un modo muy diferente.

La primera muestra consistió en rechazar un buen día el biberón. Sus gritos, lloros y pataleos fueron de tal calibre, que su madre acabó por desistir, extrañada de aquella incomprensible actitud, doblemente incomprensible cuanto que ya había pasado con creces la hora del biberón y era lógico que Jimmy tuviera hambre y, además, había sido siempre muy dócil y poco amigo de infantiles escándalos.

Parte de la leche de aquel biberón fue a parar al plato de «Shee», el gato de los Beand. «Shee» se dio el gran banquete lácteo, pero se quedó patas arriba diez minutos más tarde, tan muerto como todos sus antepasados felinos.

Una investigación posterior dio como resultado el que la cocinera de los Beand —gente acomodada, en medio de todo—, hubiese sufrido una pequeña confusión, poniendo raticida en la leche en lugar de azúcar. La pobre mujer se desmayó de la impresión y, a no ser porque ya había sido cocinera de la madre de la señora Beand, quien la heredó, junto con otros objetos y recuerdos de familia, se habría visto en un buen aprieto.

Pero no cabía dudar de la mujer. Lo que sí se hizo a partir de entonces fue poner el raticida en lugar más seguro y menos asequible. Al menos, para los humanos y los felinos.

A los seis meses de edad, Jimmy empezó a decir algunas palabras de manera inteligible. Un mes después, su madre, al volver de la calle, se lo encontró esforzándose por ponerse en pie, agarrado a los barrotes de su jaulita infantil.

Al año, fue y preguntó a su madre qué letra era la inicial del título de un periódico. La madre le dijo que era la T (lo que seguía era *The Times*). La señora Beand se quedó poco menos que turulata cuando aquella misma tarde, Jimmy, tras un breve recorrido por el alfabeto, empezó a deletrear los titulares de las noticias de mayor calibre.

A la semana siguiente, leía de corrido. En otra semana, aprendió a dominar el movimiento de los labios cuando no leía en alta voz.

Al año y medio, hablaba y razonaba como una persona corriente, aunque, como es lógico, muchos asuntos escapaban a su comprensión, dado que no había tenido tiempo material de estudiar cuanto podía enseñarle la vida. Pero en casa y de lo que él conocía y había leído en libros, periódicos

y revistas, comentaba y discutía con notable profundidad, que admiraba a cuantos le escuchaban.

Ciertamente, muchas veces metía la pata, como vulgarmente se dice, pero parece lógico que un crío de año y medio se equivoque, sobre todo, si son asuntos de los que muchas veces un mozo de veinte años no entendería ni jota. Pero que Jimmy era un fenómeno, resultaba una verdad más grande que la abadía de Westminster.

Además, mostró cierta curiosa inclinación por la mecánica. En una ocasión, su propio padre estuvo a punto de «cargárselo», cuando puso el motor en marcha y el crío protestó desde debajo del coche.

—¡Eh, que estoy aquí abajo!

El señor Beand paró el motor, puso el freno de mano y saltó del coche. Jimmy salió gateando, con la cara y las manos sucias y una ropa que, minutos más tarde, haría estremecer a su madre. El señor Beand puso las manos en los costados y miró a su retoño de hito en hito.

—¿Qué hacías ahí, hijo? —preguntó con aire reprobador.

—Estaba mirando las tripas a ese cacharro —respondió Jimmy desenvueltamente—. En tu lugar, yo lo llevaría al taller inmediatamente.

—Pues ¿qué le pasa?

—Una de las rótulas de la dirección. No me gusta. Haz que te la cambien.

—Jimmy, has de saber que no hace ni una semana que me hicieron una revisión general y encontraron el coche en perfecto estado. Los defectos hallados se subsanaron...

—Esa rótula es deficiente de fábrica, papá. El metal creo que padece laxitud de... de...

—Se llama fatiga de metal y no creo que tú hayas podido apreciar una cosa semejante sin instrumentos adecuados.

—Haz lo que quieras, papá, pero ya estás advertido. Yo me lavo las manos... —Jimmy se las miró y agregó—: Y no creas que es una frase «metafó...».

Algunas palabras se le indigestaban todavía. Claro, el angelito no había cumplido aún los dos años.

El señor Beand se marchó, muy preocupado por las palabras del chiquillo. A los veinte metros, al doblar una esquina, hizo girar el volante, pero el coche siguió recto hasta estrellarse contra un farol. Por fortuna, el señor Beand era un tipo moderado en los arranques y aún tuyo tiempo de frenar un poco. La cosa se saldó con un faro roto, y la abolladura de la parrilla frontal y el parachoques.

Un examen posterior indicó que, efectivamente, aquella pieza estaba afectada de fatiga de metal y había terminado por romperse. El señor Beand puso pleito a la fábrica de automóviles y lo ganó. Pero ya empezaba a

pensar si no tenía un fenómeno en lugar de un hijo.

A los tres años, cuando las facultades de Jimmy se habían desarrollado de una manera prodigiosa y ya había dejado casi de ser noticia en la prensa, los señores Beand anunciaron cierta noche sus propósitos de ir a un teatro.

—Si se me permite un consejo —intervino Jimmy—, en lugar de ir al teatro, yo me quedaría en casa.

—¿Y por qué vamos a quedarnos en casa? —le preguntó su madre—. Tenemos ya las localidades y, además, es una obra de gran éxito...

—Haced lo que queráis, pero ya estáis advertidos.

La señora Beand se impresionó muchísimo. Todavía se acordaba del accidente de automóvil de su esposo.,

—Lewis —dijo a su marido—, nos quedamos.

El señor Beand protestó a voz en cuello. La función tenía tanto éxito que era preciso sacar las localidades con varios meses de anticipación. Ahora, después de tanto esperar, le sentaba como un tiro renunciar a un placer tanto tiempo demorado.

—Pero, bueno —gruñó—, ¿acaso no se puede saber, al menos, qué motivos tienes para prohibimos que vayamos al teatro?

—Yo no os prohíbo que vayáis al teatro —contestó el chico sensatamente—. Lo único que hago es aconsejaros que paséis la velada en casa.

—Dime, Jimmy —preguntó su madre—, ¿va a ocurrir algo malo tal vez?

El crío se quedó ensimismado un momento.

—No lo sé —contestó al cabo—. Lo veo todo rojo, rojo..., pero no puedo deciros nada más. Si lo supiera, lo diría, creedme.

La señora Beand apoyó una mano en el antebrazo de su esposo.

—Quedémonos en casa, Lewis —suplicó.

Naturalmente, los señores Beand suspendieron su asistencia a la función teatral. A mitad de la representación se declaró un voraz incendio y murieron treinta y ocho personas y más de cien resultaron heridas de consideración.

Lewis Beand sintió frío a la mañana siguiente, cuando leyó las noticias de la catástrofe. De haber ido ellos al teatro, hubieran perecido indefectiblemente, dada la ubicación de las butacas adquiridas. Sencillamente, no habrían tenido tiempo de escapar de las llamas.

El señor y la señora Beand empezaron a sentir miedo de su propio hijo.

Las facultades de Jimmy aumentaban de día en día. Si bien había empezado a andar a edad muy temprana, sus fuerzas, por fortuna, no aumentaron en la misma proporción que su intelecto. No obstante, prometía ser un guapo mozo, robusto y bien proporcionado.

A los diez años sabía todo lo que puede saber un ingeniero astronáutico,

pongo por ejemplo. Sin abandonar esta especialidad, que parecía gustarle más que las otras, la emprendió con la medicina y, cosa rara, con la filosofía.

Su ansia de saber era insaciable. Ya no iba a colegios; se limitaba a estudiar en casa, pero no era un búho sabio ni mucho menos. Rara era la semana que su paciente madre no recibía quejas por gatos remojados, perros asustados con latas atadas al rabo, cristales rotos a pedradas y otras «gracias» semejantes.

En suma, que si por una parte era un hombre, por otra era un crío y nada pacífico, desde luego.

Excepto cuando le traían una partida de libros y se encerraba en su habitación a leer.

Es preciso advertir una cosa. Jimmy tenía una memoria fenomenal, pero no era una memoria fotográfica. Ello requiere una explicación.

Ha habido, y hay, personas de mente excepcional, a las que basta leer una página para que se les quede indeleblemente grabada en el cerebro. Esto es una memoria fotográfica.

Jimmy, en cambio, necesitaba leer un mismo libro varias veces, para memorizar lo escrito. Pero indefectiblemente llegaba un momento que el libro le repelía, de una forma extraña y misteriosa. Esto significaba que ya almacenaba su contenido íntegro en la mente y que no necesitaría consultarlo jamás en los días de su vida.

El gasto de libros era exorbitante, pero Jimmy lo resolvió, dando a su padre un consejo sobre sus inversiones en bolsa. El señor Beand pretendía adquirir unas acciones que se mostraban muy sólidas y de las que, por cierto, ya tenía un buen paquete. Jimmy le aconsejó no sólo que no comprase las estipuladas en un principio, sino que vendiese las que ya poseía y que comprase otras apenas mencionadas en las cotizaciones bursátiles.

El señor Beand obedeció a su retoño. A los pocos días, aquellas acciones sufrieron una baja espectacular, mientras que las nuevas alcanzaban una cotización elevadísima. Resultó un negocio redondo para el señor Beand.

Y, claro, de aquellas ganancias, salieron muchos más libros para Jimmy.

A los quince años empezó a interesarse por la política y la diplomacia, sin dar de lado la historia. Sus padres estaban asustados por un lado, pero ya acostumbrados por otro.

Por fortuna lo que podríamos llamar actuación pública era poco menos que desapercibida para el gran público. Ello se debía, principalmente, a que no había asistido nunca a un centro público de enseñanza.

Todo cuanto sabía lo había aprendido de los libros. Cometía,

naturalmente, muchos errores, pero sus aciertos eran infinitamente mayores.

Jimmy empezó a decir que su destino estaba en la política. Deseaba llegar a la edad mínima exigible para votar y no sólo votar, sino presentar su candidatura para diputado.

—Más tarde —decía—, seré ministro de tal o cual ramo y acabaré siendo primer ministro del país. Es probable que llegue todavía más alto.

Su madre se asustó.

—¡Más alto que el primer ministro sólo está el rey, Jimmy!

El muchacho dejó ir su mirada ensoñadora al otro lado de la ventana. Parecía como si estuviese vislumbrando su porvenir.

—Dentro de unos años, bastantes todavía, sin embargo, habrá personas más altas que los jefes de Estado de todas las naciones de la Tierra —contestó con voz profética.

Fue entonces cuando hizo cierto pronóstico en política. Se permitió escribir una carta al primer ministro de turno, advirtiéndole sobre la inconveniencia de ciertos proyectos. La secretaría del premier le envió una carta amable y cortés, agradeciendo sus consejos. Como hacía con cientos de ciudadanos en circunstancias similares.

Los proyectos del primer ministro se convirtieron en mi fracaso rotundo, de tal modo, que el hombre se vio obligado a dimitir y pasó al retiro para siempre. Y sucedió la otra disyuntiva que Jimmy había pronosticado ocurriría con tanta exactitud, si el primer ministro no atenía sus consejos.

Lewis Beand se asustó una vez más. Ahora, se dijo, la cosa iba en serio.

¿Tenían en casa un fenómeno, un monstruo... o ambas cosas a la vez?

Para salir de dudas en lo posible, decidió llamarme.

Aunque Beand tenía quince años más que yo, éramos bastante amigos, debido a que yo lo había sido de un hermano suyo más joven, actualmente en Australia. Beand no quería escándalos y por eso me llamó a mí, al doctor y psiquiatra William (Billy) Tell.

CAPÍTULO II

Entonces yo tenía veintisiete años y, al decir de muchos, prometía convertirme en una celebridad dentro de la rama médica que yo cultivaba. Ello fue otro de los motivos que impulsó a Beand a llamarme.

Cuando llegué a su casa, Beand estaba hablando con una encantadora morenita, de figura estilizada y ojos reidores, a la cual me presentó como su sobrina Lola Greene.

Lola me estrechó la mano con gesto franco y abierto.

—De modo que Tell, ¿eh? —dijo—. ¿Dónde está la ballesta? Veo unas manzanas sabrosísimas en el aparador y me gustaría probar su puntería.

La educación me contuvo. La gente, en cuanto se aprende un chiste, lo repite hasta la saciedad. ¿Tengo yo la culpa de llamarme William (Guillermo) Tell?

—Será mejor que nos dejes, Lola —indicó su tío—. El doctor Tell y yo tenemos que hablar.

Lola se marchó, no sin dirigirme una maliciosa mirada, que me turbó bastante, todo sea dicho. Pero olvidé pronto el incidente, justo cuando Lewis Beand me puso en la mano un vaso con scotch.

—Supongo que te habrás imaginado para qué te he llamado, Bill —dijo.

—Jimmy, ¿no? —contesté.

—Sí. Marianne y yo estamos, más que asustados, aterrados —confesó mi amigo.

—No será para tanto —procuré tranquilizarle. Conocía el caso y también al propio Jimmy—. Precocidad, simplemente.

—Bill, cerca de los diecisiete años ya no puede hablarse de precocidad, sino de... algo mucho peor. Francamente, no sé cómo definirlo, pero hay veces en que Marianne y yo sentimos verdadero pánico.

Me recliné en el diván, con el vaso en la mano.

—Jimmy no pasa de ser un caso notable —contesté—. Dentro de pocos años habrá alcanzado el máximo de conocimientos, los que tendría un muchacho de su edad de condiciones normales, y todos vuestros temores y aprensiones se disiparán como el humo.

—Ojalá fuera así, Bill —se lamentó mi amigo—. No es el fenomenal desarrollo de su mente lo que nos da tanto miedo, sino otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—La facultad de ver en el futuro.

Procuré mantener la compostura.

—Lewis, de sobra sé que Jimmy ha pronosticado muchas veces cosas que han resultado ser ciertas, pero en la mayoría de ocasiones, esto no pasa

de ser sino una fácil utilización del sentido común. Cosa que no ocurrió con el asunto de aquel primer ministro que se vio obligado a dimitir —manifesté, mientras me llevaba el vaso a los labios.

—No, Bill, no —insistió Beand—. Convéncete de ello. Jimmy sabe más que sabría un científico de nota a los sesenta años: en ingeniería, en medicina, en biología, en filosofía... y en muchas otras cosas, sin excluir, por supuesto, las matemáticas. Pero es su facultad de predecir el futuro lo que nos asusta. ¿Recuerdas cuando me avisó que hiciese reparar la pieza defectuosa en el coche? ¿Y cuando nos aconsejó que no fuésemos al teatro, donde aquella misma noche murieron treinta y ocho personas? ¿Quieres que siga contándote casos similares?

—Es bastante, Lewis, pero, repito, no es para sentir intranquilidad...

—Lo es, Bill. Porque ahora, además, se ha desarrollado en él otra facultad increíble. Si no hubiese tenido ocasión de comprobarlo con mis propios ojos, diría que es una fábula, una mentira... pero no, es verdad, es verdad...

Mi amigo tenía los nervios a punto de estallar. Procuré calmarle un poco y, al cabo de unos minutos de charla sosegada y amistosa, volvimos sobre el mismo tema.

—Bien, Lewis, dime qué nueva facultad se ha desarrollado en Jimmy.

—Ahora puede ver a través de los cuerpos opacos, Bill.

Pegué un salto en el asiento.

Beand me había llamado para ver de aplicar a Jimmy un tratamiento psiquiátrico. Empezaba a sospechar que era él quien lo estaba necesitando.

—Lewis, por favor... —empecé a decir.

Beand no me dejó seguir hablando.

—Bill, te juro que no exagero. Escucha, hace unos días...

Mi amigo me relató un incidente que me dejó lleno de perplejidad. Beand no era hombre dado a fantasías y debía concederle absoluto crédito.

Pero aún así... ¡era tan absurdo lo que me acababa de contar!

—Lewis, en resumidas cuentas, tú quieres que yo averigüe si puedo hacer algo por Jimmy —dije.

—Sí, Bill. Quiero que sea un hombre normal... Oh, ya tiene casi diecisiete años y, con lo que sabe, es capaz de tomar una decisión por sí mismo. Pero, a fin de cuentas, y no sólo por tu título, tú tienes de la vida una experiencia superior.

»Yo no quiero que olvide todos los conocimientos adquiridos. Lo que deseo es que pierda esas facultades tan espantosas, que se desarrollan de día en día, sin que parezca pueda tener fin ese desarrollo. Bill, ¿te imaginas lo que puede ser de aquí a diez años?

Hice un signo de asentimiento.

—Veré que puedo hacer, Lewis —contesté—. Pero una cosa. Cuando

Jimmy vio, a través de las paredes, aquella cosa, ¿no estabas tú a su lado?

—Sí, claro...

—En tal caso, es muy posible que no viese el objeto a través del muro, sino en tu mente, puesto que era un regalo que le hacíais tú y Marianne y se lo ibas a entregar dentro de pocos momentos. Es indudable, pues, que tenías la mente ocupada con el obsequio y que Jimmy lo leyó en tu cerebro y tú creíste que había llegado a ver a través de una pared opaca.

Lewis pareció tranquilizarse un tanto.

—Es posible que ocurriese así —me contestó—. Pero en tal caso, es también un telépata.

—Ese fenómeno ya es más frecuente, aunque no abundante, por supuesto. Pero se da en gentes incluso iletradas. De todas formas, que venga a visitarme a mi consultorio. Creo que allí haremos mejor las cosas. Dentro de una semana, Lewis, no puedo antes.

—Te lo enviaré —prometió Beand.

Todavía charlamos un rato más. Al despedirme, Beand me acompañó hasta la puerta.

Marianne no estaba. Había salido de compras.

A la que sí vi fue a Lola Greene. Jimmy se hallaba estudiando en su cuarto.

Lola jugaba en el jardín. ¿A que no adivinan a qué jugaba?

Había puesto una manzana en la horquilla de un árbol y se divertía tirando dardos emplumados a falta, no ya de una ballesta, sino de un arco y flechas. Naturalmente, no daba una en el blanco.

Lola me miró, guiñó pícaramente el ojo y sonrió con malicia. Me puse colorado, pero no sé si era de rabia por la burla que ella me hacía... o porque era una muchacha capaz de hacer bailar de coronilla al más sensato.

* * *

La semana que pedí de plazo a mi amigo, tenis un objeto: conseguir el mayor acopio de datos respecto al historial clínico de Jimmy. Para ser más meticuloso, obtuve datos también de la madre, sobre todo, durante el período de gestación.

Antes de que naciera Jimmy, Marianne Beand había sentido ciertos trastornos, de los que fue curada por un tal doctor Pendrall. Esto era común y corriente en una joven en estado de buena esperanza y no le di mayor importancia.

Jimmy compareció puntualmente el día señalado.

Era un muchacho alto, atlético, de pelo castaño y ojos grises. Su rostro mostraba todavía cierto infantilismo en los rasgos y apenas se afeitaba, pero no cabía la menor duda acerca de la potencia de su intelecto.

—Siéntate, Jimmy —dije, después de los primeros saludos—. Tu padre quiere que te examine. Podría dar rodeos, pero yo prefiero, y me imagino que tú también, hablar con franqueza desde el primer momento. ¿Te parece bien?

Jimmy sonrió de una manera que me imaginé dejaría tontas a las mujeres.

—Por supuesto —contestó—. Mis padres me creen un fenómeno y estoy por apostar que usted también. Pero no quiero disgustarles a ellos. Pregunte cuanto le apetezca; le prometo darle respuestas completamente sinceras. En todo lo que sepa, por supuesto.

—Me alegro mucho que hables así, Jimmy. ¿Sabes que tus facultades causan asombro a todos cuantos te conocen?

Se encogió de hombros.

—Eso es cosa que viene de nacimiento, doctor —contestó—. No puedo evitarlo.

—No, por supuesto, pero quisiera tu opinión al respecto, Jimmy.

—¿Opinión? —sonrió el muchacho—. Si quiere que le diga la verdad, no tengo ninguna. ¿Qué opinión puede tener un pintor de fama de la facultad que le lleva a componer cuadros que los museos y la gente rica se disputan a golpe de cheque?

»Ese pintor, por supuesto, ha practicado muchísimo, ha estudiado, ha visitado museos y galerías de arte y ha trabajado tenazmente, pero, ¿de qué le serviría todo si no llevase el genio dentro de sí mismo? Exactamente igual me ocurre a mí, doctor.

»Yo sé una infinidad de cosas, es cierto, pero las he aprendido en alguna parte, en los libros sobre todo. Ahora bien, aunque hubiese aprendido muchas más cosas, no me habrían servido de nada de no ser porque poseo, lo reconozco, una mente privilegiada. Es posible que, siendo un hombre normal, hubiese debido esperar a los setenta u ochenta años para conocer todo lo que sé ahora. Sin embargo, mi mente me ha ayudado mucho y eso es preciso reconocerlo.

—Desde luego —admití—. Sin embargo, hay cosas que no has aprendido en ningún libro, Jimmy.

—¿Por ejemplo?

—La clarividencia. ¿Cómo eres capaz de predecir las cosas? ¿Quizá las ves tal como van a suceder?

Jimmy negó con la cabeza.

—No, doctor. Y no siempre me encuentro en condiciones de predecir sucesos. Hay ocasiones en que no sería capaz de adivinar cualquier cosa que pueda ocurrir dentro de unos minutos, por muy rutinaria que sea. Otras veces... sé que va a pasar, eso es todo.

—Una especie de instinto, ¿no?

—En efecto, así podría llamarse. De repente, oigo que tal o cual persona piensa hacer esto o lo otro. La mayoría de las veces no ocurre nada. Otras, en cambio, me doy cuenta de que sus propósitos son inconvenientes, funestos incluso. Lo sé, pero ignoro por qué.

—¿Y la telepatía? ¿Lees los pensamientos de las personas, Jimmy?

El muchacho se puso ambas manos en la frente,

—A veces, también —contestó profundamente conturbado—. A veces, oigo ruidos dentro de mi cerebro, voces que me hablan en idiomas extraños... y en ocasiones, mi mente se agudiza de tal modo, que adivino perfectamente lo que piensa mi interlocutor...

—Has dicho tu interlocutor —exclamé.

—¡Pues claro que sí! —contestó Jimmy, asombrado—. ¿No pretenderá que vaya por ahí, adivinando el pensamiento de todas las personas con las que me cruzo por la calle? ¡Sería horroroso, doctor!

—Por supuesto, por supuesto —dije con una sonrisita de circunstancias —. Pero ¿qué pasa si te cruzas con una chica guapa y ella te mira más o menos...? Vamos, Jimmy, tú ya me entiendes, ¿no?

El muchacho se sonrojó ligeramente. Para mí, en los asuntos del amor, era un parvulillo.

—Bueno, doctor, todo depende de muchos factores y también del momento —me contestó—. Todavía no puedo explicarlo, pero hay ocasiones en que soy más receptivo que otras. No es una cosa de una intensidad matemáticamente definida e invariable. Tengo oleadas, ¿comprende?

—Sí. ¿Adivinas ahora mis pensamientos? ¿Podrías comunicarte conmigo sólo por medios mentales?

—Sólo en parte, doctor —respondió el muchacho muy serio—. Me parece que es usted un hombre de una personalidad muy fuerte, netamente definida en lo mental, y de la que sería muy difícil apoderarse, si usted fuese telépata.

—¿Y si no lo fuese, como no lo soy, en efecto?

Jimmy meneó la cabeza.

—Podría leer sus pensamientos, como máximo, pero no introducirme yo en su mente. Si no es telépata, no se es tampoco receptivo, ¿comprende?

—Sí, vamos, una especie de toma y daca —sonreí. De pronto, puse una caja de cartón cuadrada delante de él—. ¿Qué hay en la caja, Jimmy?

El muchacho se concentró unos instantes.

—El cartón es sólo un forro, una envoltura. Dentro hay una segunda caja de madera y dentro de ésta varios pedruscos —contestó muy serio.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Jimmy me miró con asombro.

—¡Porque lo he visto, doctor! —exclamó.

—¿Cómo lo has visto? —pregunté.

—No me lo diga, no lo sé. Usted me ha hecho una pregunta y yo le he respondido. Son dos cajas y unas piedras, doctor.

—Es cierto, Jimmy; pero, dime, ¿has leído la respuesta en mi mente?

—¡No! —respondió enfáticamente.

—Diríase que tienes la propiedad de traspasar con la vista los cuerpos opacos, Jimmy.

—Es una frase inexacta, doctor. Yo no puedo ver lo que hay dentro de la caja; lo sé, simplemente. Si me pregunta usted qué es lo que hay en la habitación contigua, se lo diré igualmente; pero no porque lo vea, sino porque lo sabré...

—¿Estás seguro de que ésa es la explicación correcta, Jimmy? —le pregunté.

El muchacho pareció quedarse cortado.

—¿Qué es lo que trata de decirme, doctor? —preguntó.

—Si yo te digo que me describas lo que hay en la habitación contigua, en la cual, razonablemente, no creo hayas estado nunca, tú proyectarás tu mente, los ojos de tu mente, por así decirlo, a esa habitación, «verás» psíquicamente lo que hay y luego me lo informarás. Todo eso, naturalmente, se hace en fracciones de segundos, de tal modo, que crees saberlo cuando, en realidad lo has visto. ¿Te satisface mi explicación, Jimmy?

—Es posible que tenga usted razón, doctor —contestó él, sonriendo—. Pero ojos mentales u ojos físicos, el resultado es el mismo, ¿no le parece?

Me recliné en mi sillón.

—Jimmy, me gustaría hablar contigo seriamente —expresé—. Tienes casi diecisiete años y tus extraordinarias facultades siguen en aumento. ¿Cuáles son tus planes para el futuro? Por el momento, estás con tus padres y vives a sus expensas mientras estudias. Pero el tiempo transcurre inexorablemente y habrá de llegar el momento en que tomes una decisión. Deberás buscar un empleo que, naturalmente, será adecuado a tus posibilidades.

»¿Qué piensas hacer al respecto? —terminé.

—Esperaré hasta cumplir los veintiún años —me contestó.

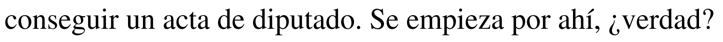
—¿Por qué exactamente hasta los veintiún años? —quise saber.

Jimmy se encogió de hombros.

—No lo sé. Se me ha ocurrido citar esa cifra. A tal edad, se puede considerar que uno es hombre ya, con todos los derechos. Entonces podré independizarme de mis padres...

—Sí, pero no me has dicho siquiera qué clase de trabajo te atraería más —pregunté.

—Puede que la política —contestó—. A los veintitrés años podría


conseguir un acta de diputado. Se empieza por ahí, ¿verdad?

—Sí, Jimmy.

—No hay prisa —dijo ensoñadoramente—. Puedo esperar aunque sea quince años más para llegar a primer ministro.

—¿Y después? —pregunté.

Jimmy sonrió extrañamente.

—Doctor, mi clarividencia no llega a tanto —respondió—. Pero tal vez algún día pueda darle una respuesta concreta. O quizá la lea usted en los periódicos.

CAPÍTULO III

Hablé con el padre de Jimmy y le tranquilicé. Por supuesto, la entrevista fue muchísimo más larga de lo descrito en las líneas precedentes: tests de Rorschach, pruebas matemáticas, pruebas de agudeza visual, reflejos físicos y psíquicos...

Era un caso extraordinario, de eso no cabe la menor duda. Con un periódico en la mano, le hice emitir algunos vaticinios sobre temas políticos, cuyas respuestas anoté puntualmente. Resultaron exactos en un noventa por ciento, lo cual resulta sorprendente si se tiene en cuenta que la política es la ciencia menos exacta de todas.

Si cuando llegase a diputado como pretendía —y lo conseguiría, no había duda de ello—, seguía siendo tan... listo, entonces no necesitaría quince años, sino la mitad, para alcanzar el sillón de primer ministro.

¿Qué vendría después?

Era imposible imaginarlo. Ni él mismo lo sabía.

Pero ¿no lo sabía porque su clarividencia no llegaba tan lejos... o porque no quería esforzarse en leer en el futuro algo que ya daba por hecho?

Como digo, tranquilicé a mi amigo Lewis Beand. Fueron unas explicaciones tendenciosas, a decir verdad. Pero, ¿qué podía hacer yo?

Jimmy era un fenómeno y había que tomarlo como tal. A fin de cuentas, ¿era un mal hijo? ¿Un mal ciudadano? ¿Robaba, mataba, maltrataba a los animales?

Por el contrario, su conducta tanto privada como pública era irreprochable, y es preciso ser buena persona para, poseyendo semejantes cualidades, no aprovecharse de ellas con turbios fines.

—El día en que encuentre un trabajo al que se aficione, se case, tenga un par de hijos y empiece a engordar, se convertirá en una persona corriente y normal, porque no creo en sus aspiraciones políticas —acabé diciendo a mi amigo.

Lewis Beand se quedó bastante convencido, aunque no del todo. Bien mirado, Jimmy no empleaba mal sus portentosas facultades y ¿no les había salvado la vida en una ocasión? A su padre, en dos; le había proporcionado, además, una fortuna con aquella jugada de Bolsa... por cierto, no lo había vuelto a repetir; dijo que no era ético y que si lo había hecho una vez, era por impedirle un grave quebranto económico.

Pero esto puede dar una idea de la rectitud de sus sentimientos. Y así, el tiempo empezó a pasar y transcurrieron dos años, hasta que en cierta ocasión, unos conocidos de mi amigo Lewis, españoles, vinieron a mi consultorio.

Beand los había conocido durante un viaje de turismo al sur de España. Intimaron bastante y, cómo no, hablaron de sus hijos.

Resultó que los Marín, así se llamaban, tenían una hija. Esa muchacha, un año o dos menor que Jimmy, poseía las mismas cualidades que éste.

Los señores de Marín estaban también asustados por el fenomenal desarrollo de las cualidades de su hija Rosita, que tal era su nombre. Enviados por Beand, vinieron a verme durante uno de sus viajes a Londres, pues el señor Marín solía hacerlo debido a sus negocios de exportación de vinos a la Gran Bretaña.

Vinieron acompañados de Rosita. Beand, cuando les indicó mi nombre, les aconsejó se trajeran también el historial clínico.

Antes de visitar a la muchacha, estudié a fondo dicho historial. En él aparecía el nombre del doctor Pendrall.

Ese nombre me sonaba. Tardé bastante en recordar que había asistido a Marianne Beand durante la gestación de Jimmy.

Entonces llamé al hotel y me puse en contacto con el caballero español.

—Señor Marín, soy el doctor Tell —dije—. Deseo hacerle unas preguntas.

—Por supuesto, doctor. ¿De qué se trata?

—Del doctor Pendrall. ¿Lo recuerda usted?

Marín tardó algunos segundos en darme la respuesta.

—Sí, creo que sí, doctor. ¿Qué le sucede con ese médico?

—Parece ser que atendió a su esposa cuando todavía no había nacido su hija Rosita. ¿Es cierto?

—Sí, ahora lo recuerdo bien. Fue una cosa casual, créame; nosotros tenemos nuestro médico de cabecera en Sevilla... Pero estábamos pasando unas vacaciones cerca de Málaga y mi esposa sufrió un vahído. Se desmayó, con el pequeño alboroto consiguiente, y entonces intervino un señor que dijo ser médico.

»Era Pendrall y estaba pasando unas vacaciones allí. Me dio unos medicamentos para mi esposa, los cuales, por cierto, le sentaron maravillosamente, y aún la visitó luego un par de días. Agradecidos, le invitamos a comer y a una fiesta típica... Bueno, cuando acabó sus vacaciones se marchó y ya no le hemos vuelto a ver más.

—Muy bien, muchas gracias, señor Marín. Envíeme mañana a Rosita, ¿quiere?

Rosita vino al día siguiente.

Era una muchacha de unos diecisiete años, de buena estatura, espigada, de grandes ojos negros y expresión sensitiva. La interrogué a fondo durante casi dos horas y, al final, cuando le pregunté por sus aficiones —con respecto a su futuro trabajo—, me dio una respuesta sorprendente.

Rosita quería dedicarse a la política.

—Con esa cara y esa figura, robará usted los corazones de todos sus electores —le dije sonriendo.

Ella se puso colorada, pero no contestó nada al respecto. Después celebré una entrevista con los señores Marín y hube de tranquilizarles con las mismas vaciedades que había empleado con mis amigos. Realmente, ¿qué podía hacer yo?

Transcurrieron algunos meses. Cierto día, de un modo casual, me encontré con una bonita muchacha, que me paró en medio de la calle.

—¡Eh, tipo distraído! —me apostrofó ella—. Va usted andando y no mira por donde pisa.

Sentí un gran asombro al oír aquellas palabras.

—Señorita, que yo sepa, no la he pisado a usted —dije.

—Pero ha estado a punto de hacerlo —aseguró ella—. ¿Es que ya no me recuerda usted, Guillermito Tell?

Estudié durante unos segundos el rostro de la chica. Me resultaba conocido. Pero, soy tan mal fisonomista... De pronto, situé aquella cara tan bonita en un hueco de mi memoria.

—¡Lola Greene! —exclamé—. La sobrina de mi buen amigo Lewis Beand.

—La misma —dijo Lola, riendo, a la vez que me tendía la mano—. Doctor, para dedicarse a tratar cosas de la mente, tiene usted una memoria detestable.

—Y también una agenda donde anoto las cosas que se me pueden olvidar —repliqué.

—A mí no me anotó usted, a lo que se ve.

—Tendría que haberme dejado una fotografía. En tal caso, créame, no la habría olvidado.

—Eso significa que mi belleza no es más que simple palabrería. Yo creí que quien me veía una vez, no me olvidaba jamás —dijo de magnífico humor.

—Digamos dos veces, señorita Greene —contesté, sonriendo— Ahora puede tener la seguridad de que ya no pasaré de largo por su lado cuando nos crucemos.

—Me siento más aliviada, doctor. Y le ruego perdone mi broma sobre su apellido.

—Estoy acostumbrado a los «flechazos» en ese sentido —dije sonriendo—. A propósito, estoy invitado a una fiesta, pasado mañana, en casa de sus tíos. ¿Irá usted?

Lola hizo una mueca.

—¿A casa de mis tíos? ¿Con ese monstruo que le lee a una el pensamiento? ¡Ni hablar, doctor! ¿Sabe lo que me pasó la última vez?

—Usted me lo dirá, sin duda alguna, señorita Greene...

—Llámeme Lola, por favor; me revientan los tratamientos ceremoniosos. Pues bien, la última vez que estuve allí, mencioné la posibilidad de hacer un viaje a Holanda. Jimmy dijo que me quedase en casa, que habría disturbios. Ya ve, jaleos en ese país tan pacífico. No le hice caso y, créame, las pasé moradas. ¿Lo recuerda usted?

Asentí con la cabeza. Incomprensiblemente, había estallado una oleada de violencia en un país donde sus habitantes suelen ser tan morigerados. A tal extremo llegó la violencia que la policía fue desbordada y el ejército tuvo que salir a las calles con carros blindados y toda clase de medios bélicos. Hubo un centenar de muertos y los heridos se contaban por millares, sin hablar de los daños en edificios y propiedades privadas.

Desde la última guerra mundial, no había sufrido Holanda tantos daños.

Y Jimmy lo había profetizado.

—¿Dijo Jimmy cómo sabía lo que iba a ocurrir? —pregunté a Lola.

—No, no me dio ninguna explicación. Simplemente, me lo dijo. Pero ese día me ocurrió otra cosa también con él.

—Cuénteme, Lola, se lo ruego.

—Bueno, resulta que yo llevaba una sortija con un rubí, muy bonita, que me regalaron mis padres el día que cumplí los quince años. El rubí se desprendió de la montura y yo creí que se me habría perdido. No sé cómo mencioné el incidente, tal vez mi tía Marianne me preguntó por la sortija, pues ella sabía que la tenía, y le dije que una vez me la quité y me la guardé en el bolso. Después, me la puse, pero el rubí ya no estaba.

—Se le caería...

—Aguarde, doctor. Dije a mi tía que había rebuscado en el bolso hasta la saciedad, pero sin encontrar la piedra. Entonces, Jimmy dijo que la piedra estaba en el bolso, pese a lo que yo creía. Efectivamente, buscamos... y la encontramos en un repliegue apenas perceptible, entre el forro interior y la piel. Doctor, después de esto, yo no pongo más los pies en casa de mis tíos. Mientras esté Jimmy, por supuesto.

Traté de echar la cosa a broma.

—No sea aprensiva, Lola. Jimmy es un muchacho superdesarrollado en lo mental, simplemente. Pero es muy bueno...

Los ojos de Lola se oscurecieron.

—Aun así —dijo—. Me da miedo, doctor, se lo digo francamente.

—¿Miedo?

—Sí. Le he visto algunas veces quedarse ensimismado. Tendría que verlo usted entonces, sobre todo, sin que él se dé cuenta. Entonces, parece transfigurarse. Su rostro adquiere una nueva expresión. Tiene los ojos abiertos, pero no mira a ninguna parte...

»Parece como si estuviese contemplando algo que a los demás mortales nos es imposible ver. El sí ve algo... algo que está fuera de nuestro alcance.

No sé qué pueda ser, doctor, pero me parece como si no fuera de este mundo, cualquiera que sea la cosa que pueda estar viendo en esos instantes de ensimismamiento. Y yo le he cobrado pánico y ya no aparezco por casa de mis tíos ni a rastras.

Procuré tranquilizar a la muchacha. Luego, hábilmente, desvié la conversación y acabamos tomando una taza de té en un salón próximo. Lola me facilitó sus señas y su número de teléfono... y pasaron bastantes meses antes de que volviera a verla de nuevo.

Entretanto, ocurrieron algunas cosas.

Las que más pueden interesar para el desarrollo de esta historia, se refieren a varios pacientes que vinieron a visitarme.

Mejor dicho, padres de pacientes. Todos ellos eran padres de hijos con las mismas cualidades que Jimmy Beand.

Mi amigo Lewis tenía relaciones en todos los puntos del globo, dado que en los últimos quince años, sus negocios le habían hecho viajar con alguna frecuencia. Entre las personas que vinieron a verme había un matrimonio nigeriano, otro de Hong-Kong, un norteamericano, un jeque árabe del petróleo — naturalmente, en este caso, la esposa se quedó en su palacio del desierto—, unos franceses y una pareja de yugoeslavos.

Todos tenían un hijo —o una hija—, y sus cualidades psíquicas eran absolutamente idénticas a las de Jimmy Beand, como he dicho.

En los historiales clínicos de mis pacientes figuraba asimismo la intervención del doctor Pendrall en el tratamiento de las respectivas madres durante el período dé gestación de los hijos que ya eran ahora adultos plenamente desarrollados.

CAPÍTULO IV

La cosa era inquietante.

Jimmy estaba a punto de cumplir los veinte años. Empecé a pensar en la conveniencia de sostener con él una nueva entrevista.

Mientras reflexionaba sobre esta posibilidad, sonó el teléfono.

Levanté el aparato. Una voz masculina sonó en mi oído.

—¿Doctor Tell?

—Sí, yo mismo.

—Soy Jimmy Beand, doctor. ¿Podría usted recibirme? Hoy mismo, si no tiene inconveniente.

—Por supuesto, Jimmy. Ven a mi consultorio cuando quieras.

—Gracias, doctor. Ahora tomaré el coche y dentro de media hora estoy ahí.

—¡Un momento, Jimmy! —dije, adivinando que el muchacho se disponía a colgar.

—Diga, doctor.

—Yo estaba pensando en llamarte. ¿Has captado mi pensamiento?

Hubo una larga pausa, tan larga, que llegué a creer que Jimmy me había dejado plantado.

—¿Jimmy? —llamé con voz fuerte.

—Estoy aquí —contestó él—. Doctor, de repente he sentido la necesidad de verle. Creo que ha sido una simple coincidencia, eso es todo.

—Pero la distancia no existe para un telépata —alegué intencionadamente.

—Por supuesto, pero no se me ocurrió siquiera intentar la penetración en su mente. Repito, una coincidencia, doctor. Hasta ahora.

¿Era creíble aquella excusa?

Jimmy, fuese lo que fuese, era un muchacho recto, honrado. No tenía por qué mentirme, pensé.

Media hora después, en efecto, lo tenía en mi despacho.

Se había transformado físicamente. Ahora era un hombretón, pese a su cara todavía aniñada, aunque ya necesitaba afeitarse a diario. Sus hombros se habían ensanchado y su torso parecía el de un atleta. Sin embargo, Jimmy no practicaba los deportes sino con mucha moderación.

Se sentó frente a mí, me miró y sonrió.

—Bien, doctor, parece que fue ayer cuando estuve la última vez en este despacho —dijo.

—Han pasado tres años largos —sonreí también—. Tú tienes veinte y yo he cumplido los treinta.

—Y ha adquirido una fama excelente.

—Habladurías de la clientela, Jimmy. Sólo soy un embaucador —dije riendo—. ¿Bebes?

Hizo un signo negativo con la cabeza.

—No me gusta el alcohol —respondió simplemente.

—¿Fumas?

—Tampoco.

—Chico, eres una maravilla. ¿Qué hay de tus relaciones con el sexo opuesto?

—Las chicas me gustan, doctor. Pero me costará mucho encontrar la pareja que necesito. Aunque puede que... quizá la haya hallado.

—Tu prima Lola.

Jimmy torció el gesto.

—Es una tarambana —contestó—. Tiene la cabeza completamente hueca.

—Jimmy, todo el mundo no puede ser como tú —le reproché.

—Pero usted no es como yo y, sin embargo, no tiene la cabeza hueca —dijo el muchacho.

—Gracias por el concepto que tienes de mí, Jimmy. Y ahora, ¿entremos en materia?

—Sí, doctor.

—¿Qué te sucede?

—Estoy harto, doctor.

—Harto... ¿de qué, Jimmy?

—De mí mismo. De mis facultades, de mi poder de clarividencia, de la propiedad de ver, aunque sea con los ojos de la mente, a través de los cuerpos opacos, de leer los pensamientos de otras personas... ¡Es horrible, doctor!

—Jimmy, yo creía que para utilizar tus facultades telepáticas necesitabas un interlocutor. ¿Recuerdas lo que hablamos al respecto en tu última visita?

—Sí, doctor, pero es que en estos tres años, las cosas han cambiado para mí. Ahora voy por la calle y, como me descuide, ¡zas!, ya estoy leyendo la mente de cualquier persona que se cruce conmigo. Repito, es espantoso.

—Me lo imagino —dije llanamente—. Las primeras veces puede resultar curioso, divertido... pero a la larga, debe producir una sensación muy poco agradable. ¿Estás leyendo mis pensamientos, Jimmy?

—Sí, doctor.

—En tal caso, tu visita ha resultado inútil.

—No, porque usted irá pensando de acuerdo con lo que yo diga, y aunque lea en su mente, oiré también sus palabras y, según lo que me diga, yo también responderé.

—Así, pues, va a ser una especie de cura entre dos: el médico y su paciente.

Jimmy sonrió.

—Si... si se consigue esta curación, doctor.

—¿Lo dudas?

—Hablando claro, sí. Pero yo necesito sus consejos, su apoyo...

Aquellas palabras me dejaron poco menos que pasmado. Jimmy, el hombre que todo lo sabía, necesitaba de mí.

—¿Qué quieres? —pregunté—. Habla claro, sin rebozos.

—¿Hay algún procedimiento para perder estas facultades? No los conocimientos que he adquirido, sino el poder de clarividencia, el de ver a través de los cuerpos opacos, el de la telepatía... Sin convertirme en un ignorante, quiero ser de nuevo una persona normal, doctor.

Era una petición dificilísima de atender.

—Jimmy, los médicos, hoy día, sabemos en qué partes del cerebro están los centros motores, los centros de los sentidos, el de la memoria... pero en lo que se refiere a esas cualidades inmateriales, no sabemos nada. No se puede hacer una lobotomía para suprimir en una persona sus poderes telepáticos, porque ignoramos en qué porción del cerebro residen esos poderes, aunque lo más probable es que no haya zona peculiar, sino que sea todo el cerebro. ¿Comprendes?

Jimmy asintió.

Parecía defraudado.

—No me quedará otro remedio que resignarme —dijo.

—A menos que se intente contigo un tratamiento de sugestión —apunté —. Sin embargo, creo que tampoco daría resultado. Tu personalidad es demasiado fuerte para ser absorbida por la de otra persona. Incluso en el mejor de los casos, sería cosa de establecer un tratamiento casi continuo, durante el resto de tus días...

Jimmy hizo una mueca.

—Lo cual no tendría nada de agradable, por supuesto —contestó.

—¿Por qué quieres desprenderte de esas facultades? —inquirí.

—Deseo ser una persona común y corriente, eso es todo, doctor —me respondió.

—Te entiendo —murmuré—. La única solución, a mi entender, es procurar amoldarte a tu forma de ser psíquica, portarte con toda normalidad... pero eso que me estás diciendo no cuadra bien con tus primitivos propósitos —recordé de pronto—. ¿No eras tú el que quería llegar a ser primer ministro?

Jimmy sonrió.

—¿Por qué había de desistir de mis propósitos? —dijo—. Lo que pasa es que no quiero ir por ahí viendo lo que hay al otro lado de las paredes... o

de las frentes de las personas. Pero no he renunciado a mis ambiciones políticas, aunque claro, no he tenido aún ocasión de intervenir activamente en política.

—No te faltarán ocasiones —rezongué—. Eres demasiado joven todavía, pero el año que viene podrás votar. Y dentro de tres, presentarte como candidato cuando haya elecciones. Lo cual significa que ya es hora de que empieces a dar señales de vida en política.

—Es lo que pienso hacer, doctor. Ya he logrado una plaza de redactor en el *Evening*. De sucesos, claro, pero por algo se empieza.

—Sobre todo, cuando formules alguno de tus célebres pronósticos en política, que es, como se sabe, la ciencia menos exacta de todas.

Jimmy se puso serio.

—¡Si pudiera perder esas facultades! —suspiró. Se puso en pie—. Gracias por haberme recibido, doctor. No ha conseguido usted lo que yo deseaba, pero me siento bastante mejor.

—Lo celebro, Jimmy. Ven a verme siempre que quieras, a cualquier hora —invité.

El muchacho se marchó. Yo saqué un cigarrillo y, durante algunos minutos, me entretuve contemplando las volutas de humo.

Lo que le ocurría a Jimmy, ¿era un fenómeno natural? ¿Se debía a algún agente externo?

Recordé que no era el único. Estaban la chica sevillana, Rosita Marín, la nigeriana, el chino, el yanqui, la árabe... y, ¿cuántos más cuya existencia yo desconocía?

De pronto, se me ocurrió una idea.

Había un nexo común entre todos aquellos jóvenes, a los que bien se podía calificar como pertenecientes a una raza nueva. Las madres de todos ellos, de un modo u otro, habían sido asistidas por el doctor Pendrall.

Quizá, me dije, el doctor Pendrall, podría decirme algo al respecto. O ilustrarme o hacerme sugerencias que me situasen en el camino de la verdad. En fin, que una charla con él no estaría de más.

Acaso no obtuviese nada positivo, pero no perdería el tiempo, me parecía.

Por supuesto, desconocía la dirección de Pendrall, pero imaginé que su teléfono figuraría en la guía. Empecé a buscar, pero mis pesquisas dieron un resultado negativo.

Cabía que hubiese fallecido, me dije. A fin de cuentas, Jimmy tenía ya veinte años y Pendrall había atendido a Marianne, su madre, veintiún años atrás. Ignoraba la edad que tenía, pero entraba dentro de las posibilidades el que Pendrall no fuese ya de este mundo.

En el «Anuario de la Asociación de Médicos», no figuraba tampoco ningún doctor Pendrall, ni siquiera entre los fallecidos durante el año

anterior. En vista de ello, se me ocurrió llamar a mi amigo Lewis Beand.

—¿Recuerdas a Pendrall? —le pregunté, tras los primeros saludos.

—Sí, perfectamente. ¿Por qué lo dices, Bill?

—Oh, era simple curiosidad. ¿Tú sabes la edad que tenía cuando atendió a tu esposa?

—Bien, no puedo decírtelo con exactitud, pero, a juzgar por su apariencia física, unos treinta y cinco o cuarenta años. Más de cuarenta, no, en absoluto, Bill.

—Gracias, Lewis.

No parecía una edad muy avanzada para considerársele fallecido. Dando como edad máxima de Pendrall la de cuarenta años en el momento de atender a Marianne Beand, ahora debería tener sesenta y uno. Cabía la posibilidad de fallecimiento por accidente o enfermedad cardíaca, pero no me parecía probable.

En tal caso, ¿dónde estaba el doctor Pendrall?

CAPÍTULO V

Transcurrieron seis meses más.

Cierto día, de manera inesperada, recibí una llamada.

Era una voz femenina, a cuya dueña no reconocí en un principio.

—¡Hola! —dijo ella—. ¿Es ahí la tienda donde venden ballestas, saetas y manzanas?

—¡Un cuerno! —gruñí, y casi en el acto escuché una alegre carcajada.

—¡Hola, tipo mal genio! ¿No me ha reconocido? Soy Lola Greene.

—Lo siento, Lola —dije—. Dispénseme.

—De nada, Bill. Me gustó su forma de reaccionar. ¿Qué le pasa? ¿Se ha convertido en un búho sabio?

—¿Por qué dice eso, Lola? —pregunté.

—Hombre, hace medio año que nos vimos por última vez. Yo creí que poseía los suficientes atractivos para que un hombre me recordase, pero he comprobado con pesar que no ha sido así. Está visto que una no se puede hacer ilusiones; se van como el humo en seguida.

—Lo que yo estoy viendo es que me sugiere que la invite a merendar o algo parecido, Lola.

—¿Adivina usted el pensamiento, «doc»? Sí, eso es lo que quiero, exactamente. Invíteme y le concederé dos beneficios, Bill.

—¿Cuáles, Lola?

—Primero, el de contemplar a una chica bonita y estar en su compañía un buen rato. Segundo, oír algunas cosas interesantes. ¿Cuándo y dónde? —terminó ella.

Le fijé un lugar y una hora para la entrevista. Lola hablaba con su tono jovial y despreocupado de costumbre, pero detrás de su acento intrascendente me pareció captar una nota de preocupación.

—Muy bien, «doc», seré puntual —prometió.

Y colgó.

Me pregunté qué tendría que decirme aquella encantadora muchacha. No había más que una forma de saberlo: acudiendo a la cita.

Los dos fuimos puntuales. Lola me pareció más atractiva que nunca. Los hoyuelos de sus mejillas convertían su sonrisa en algo hechicero, como nunca había visto.

Encargué la merienda: té y pastas, por supuesto. Elegimos una mesa discreta y, hasta que nos sirvieron, estuvimos hablando de cosas sin importancia. Fue después de la primera taza de té cuando Lola me hizo una pregunta.

—Bill, ¿recuerda lo que le dije la última vez que nos encontramos?

—Pues... no exactamente —contesté—. Repítalo, por favor, Lola.

—Se trata de mi primo. Le dije que me daba miedo.

—Sí, ahora caigo. Pero no es para tanto, Lola. Aparte de sus cualidades, Bill es un chico magnífico.

—No lo dudo, pero sigue dándome miedo. ¿Recuerda también que le dije que no pondría más los pies en su casa?

—Desde luego.

—Es mentira. He estado en casa de los Beand.

—Lo cual no tiene nada de particular, conociendo su parentesco con ellos, Lola.

Ella dejó de sonreír.

—Tuve que ir, no me quedó otro remedio. Era el cumpleaños de mi tía y me invitó ella en persona, así que no podía rehuir la invitación. Fui y...

—Allí estaba Jimmy —dije.

—En efecto. Me saludó muy cariñosamente y me presentó a alguno de los invitados, entre ellos, a una chica española, Rosita Marín, creo que se llama o algo por el estilo.

—El nombre es correcto, Lola —aseguré—. ¿Qué más?

—Uno de los invitados era de raza negra. Color aparte de su piel, una chica preciosa. Ann K'Tamo, de Nigeria o por ahí.

—De Nigeria, Lola —confirmé.

—Otro norteamericano, pero ahora no me acuerdo del nombre. Bien, es lo de menos, Bill. Lo que vi es que Jimmy andaba muy acaramelado con la española y que ella no parecía sentirse muy a disgusto con él.

—Por lo que yo recuerdo, Rosita prometía ser una belleza. Sin desdeñar, ni mucho menos, a la chica que tengo ante mis ojos.

—Estaban juntos, Bill —dijo—. Ella tenía en la mano su copa. De pronto, pasa a veces, se le resbaló de entre los dedos y cayó. Pero no llegó a tocar el suelo.

—¿Cómo, Lola?

—Así como lo oye, doctor. La copa quedó suspendida un instante en el aire y luego se elevó otra vez, para volver de nuevo a la mano de Rosita. ¡Eso lo hizo Jimmy, Bill!

Fruncí el ceño.

—La cosa empieza a pasar de la raya —rezongué.

—Lo mismo creo yo, Bill —dijo Lola, muy seria—. Ya no se trata de la facultad de ver a través de los cuerpos opacos o de adivinar el porvenir, sino de sostener los objetos en el aire con el poder de la mente. Eso se llama levitación, ¿no?

—Y también teleportación o telequinesis —dije—. Lola, ¿está segura de que no hay error?

—No, en absoluto. Lo vi perfectamente, como le estoy viendo a usted

ahora.

—¿Qué hizo Rosita? —pregunté.

—Nada. Lo tomó con entera naturalidad y siguió charlando con mi primo.

—¿Vio algún incidente más de esta naturaleza? —pregunté.

Lola movió la cabeza.

—No, ya no pasó nada más parecido en el resto de la velada. Y si pasó, fue porque no se había dado cuenta de mi presencia en sus inmediaciones. De lo contrario, creo que Jimmy habría dejado que la copa se rompiera contra el suelo.

—Si son telépatas, tuvieron que advertirle a usted, Lola —dije.

—Es posible, pero quizá estaban tan ensimismados, que no se dieron cuenta de que yo les miraba desde cinco o seis pasos de distancia.

—¿Hablaban? —pregunté.

—¿No le digo que estaban corno ensimismados?

Hice un signo de asentimiento.

Jimmy y Rosita no se comunicaban entre sí con la voz. Simplemente, empleaban sus facultades telepáticas para conversar.

—Bill —dijo Lola, tras una corta pausa de silencio—, tengo miedo. Cada vez, más miedo. ¿No estará naciendo una nueva raza... de monstruos?

—Si todos son como Jimmy, no hay motivos para sentir miedo —contesté—. Poseen esas facultades, pero no las utilizan contra los demás.

—¡Tampoco a favor! —dijo ella intencionadamente.

—Es imposible evitarlo, Lola —manifesté—. Algo ha ocurrido en ellos que les ha conferido esos formidables poderes. Pero mientras sigan como hasta ahora...

—¿Y quién nos garantiza que no mudarán de conducta en el futuro? Bill, imagínese usted lo que pueden hacer unas personas con esas cualidades tan portentosas. ¡Están en condiciones de dominar el mundo!

Traté de calmar sus aprensiones.

—Eso es imposible, Lola —dije—. Ni aunque hubiese treinta o cuarenta millones de seres como Jimmy, Rosita, Ann K'Tamo y el norteamericano, conseguirían imponerse a los demás. Las cosas están organizadas de tal modo que...

Lola meneó la cabeza.

—Siento mucho contradecirle, Bill, pero no comparto su optimismo. Son jóvenes todavía, como yo, pero hay una cosa que no han podido adquirir y que no se adquiere como herencia genética: la experiencia de la vida. ¿Qué pasará cuando tengan la suficiente?

Era preciso reconocer que Lola tenía razón.

—Quizá no sepan dominarse a sí mismos —murmuré.

—Ahí es donde yo quería ir a parar. No es que no sepan, es que no

querrán, Bill. Y entonces, tratarán de dominarnos a los demás. Nadie les podrá resistir, porque son como unos semidioses: leen nuestros pensamientos, ven a través de los muros, predicen el futuro, son capaces de sostener cosas en el aire sin más que el poder de su mente... ¿Hasta dónde pueden llegar?

—Si ellos mismos no se moderan, no hay límites —contesté.

Lola me miraba ansiosamente.

—¿No habría un medio de evitarlo, Bill? —preguntó.

Hice un gesto pesimista.

—Yo no veo ninguno —contesté—. Un tratamiento psiquiátrico no serviría de nada. Su mente es más fuerte que la de cualquier médico. El mismo Bill lo reconoció así en la última conversación que sostuvimos, hará unos seis meses.

—Entonces, tendremos que dejar las cosas tal como están.

—¿Podemos evitarlo, Lola?

—No, ya veo que no —suspiró la chica. Luego esbozó una sonrisa—. Quizá le he molestado con mis tonterías.

—Tonterías como ésta me gustaría que las tuviese usted a diario —dije sonriendo—. Así podría verla con más frecuencia.

Ella sonrió también.

—Eh, que se me está poniendo en plan conquistador —exclamó. Pero vi que se sentía muy complacida—. He pasado un rato muy agradable con usted, Bill, a pesar de todo —confesé.

—No sé cuál es su número de teléfono, Lola. Démelo para llamarla de cuando en cuando —rogué.

—Por supuesto, Bill.

Nos separamos poco después. Claro está, habíamos concertado otra entrevista. Yo tenía trabajo y quedamos en vemos tres días después.

Entonces, al regresar a mi casa, se me ocurrió una idea.

Al parecer, sólo los sujetos cuyas madres habían sido atendidas por Pendrall poseían tales facultades. No había oído hablar de ninguno más en semejantes condiciones psíquicas.

Bien, si no había el menor rastro de Pendrall en las guías de teléfonos ni en la profesional, había, en cambio un medio para encontrarlo.

O, por lo menos, dar con su rastro. El medio era bien sencillo: una agencia de detectives.

Al día siguiente hice la demanda a una de las más reputadas. Por fortuna, mis ingresos me permitían atender al gasto que suponía la investigación que, como es lógico, encargué con la mayor urgencia posible. Luego me dediqué a esperar, trabajando, naturalmente.

El día señalado, acudí a la cita con Lola.

Fui unos minutos antes y me entretuve leyendo el periódico. Una de las

noticias que, en cierto modo, llamó mi atención, fue ésta:

¡SE VENDE UNA ISLA!

La descripción de la isla prometía muchas cosas: estaba desierta, había abundancia de agua y vegetación, estaba fuera de las rutas marítimas y, finalmente, poseía una extensión de unos setenta kilómetros cuadrados. El precio no era caro: ciento cincuenta mil libras.

Un lugar ideal para hacer vida de Robinson, me dije. Y en aquel momento, llegó Lola y me olvidé por completo de la isla Blackaboor, que tal era su nombre.

Aquel día, Lola y yo, como puestos de común acuerdo, dejamos de interesarnos por el problema de los semidioses. Pude darme cuenta de que yo le resultaba simpático y empecé a considerar en la posibilidad de abandonar mi soltería, con su ayuda, claro.

Nos separamos muy confortados, esta es la verdad. Luego, dos días más tarde, recibí un mensaje de la agencia de detectives.

Habían dado con el paradero del doctor Pendrall. Vivía aún y no a demasiada distancia de Londres, aunque en el campo, por supuesto.

CAPÍTULO VI

Lola me llamó por teléfono apenas leído el mensaje.

—Me ha dado plantón, Bill —se quejó.

Yo me pegué una palmada en la frente.

—¡Diablos! ¡Es verdad, Lola! —exclamé—. No sabe cuánto lo siento.

—Es igual —dijo ella—. Habrá tenido trabajo, ¿verdad?

—No, pero ha habido otra cosa que me ha ocupado la mente. ¿Sabe? el doctor Pendrall está vivo.

—¡Bill! ¿Cómo lo sabe?

—Encargué a una agencia de información que investigasen su paradero. Ahora conozco su domicilio.

—¡Irá a verle? —preguntó Lola.

—Por supuesto.

Ella vaciló un instante.

—Bill, ¿cuándo piensa ir? —dijo al cabo.

—Mañana; hoy ya no puedo. Le debo a usted...

—A mí no me debe nada —me interrumpió Lola, con su habitual espontaneidad—. Lo que sí me gustaría es acompañarle. ¿Tiene algún inconveniente?

Reflexioné unos momentos. ¿Inconvenientes?

—Ninguno —contesté al cabo—. Pienso ir por la mañana. Pasaré con mi coche a recogerla a las nueve, Lola. ¿Es mucho madrugar para usted?

—¿Por quién me ha tomado? —rió ella—. A las nueve en punto, Bill.

Nos reunimos a la hora acordada. Pendrall residía a unas veinticinco millas al S.O. de Londres y hacia allí nos encaminamos los dos en mi automóvil.

Estábamos un poco nerviosos, la verdad. No había motivos para ello y, sin embargo, sentíamos una indefinible aprensión ante la idea de que íbamos a encontrarnos ante el hombre que era el culpable de la existencia de aquellos seres de cualidades tan prodigiosas.

Porque, para Lola y para mí, no había la menor duda: todo ello se debía a Pendrall. Pero ¿con qué objeto había hecho tales cosas?

Alrededor de las diez de la mañana, llegamos al domicilio de nuestro hombre.

Lo vimos desde el exterior. Era una casa antigua, de dos pisos, situada en el centro de un extenso parque, rodeado por una elevada tapia de mampostería, defendida por una hilera de pinchos. La casa apenas se veía a causa de las frondosas copas de los árboles.

Había una puerta de hierro forjado, que permitía el acceso al parque. Busqué el timbre de llamada y lo oprimí varias veces, sin recibir la menor

respuesta.

—Tal vez esté fuera —sugerí, decepcionado.

—Por lo menos, no parece que viva aquí de continuo —dijo Lola—. El jardín está descuidadísimo.

Era cierto. El sendero que conducía a la casa aparecía cubierto de maleza en su mayor parte. Por allí hacía tiempo que no había pasado ningún coche.

Las plantas crecían libremente, sin que nadie se molestase en arrancar la cizaña ni podar los árboles o los arbustos de flores. Daba una sensación de cosa abandonada, muerte, que deprimía el ánimo.

—¿No le habrán engañado sus informantes? —preguntó Lola.

—No veo por qué habrían de hacerlo, Lola —contesté—. Ellos no tenían ningún interés en...

Ella me interrumpió de pronto.

—¡Bill! ¡La verja está abierta!

Era cierto. Lola había empujado con la mano uno de los dos batientes y cedía suavemente. Ella me miró en silencio, consultándome con la vista.

—¡Qué diablos! —mascullé—. ¡Adentro!

—Adentro —repitió Lola. Y penetramos en el parque.

La gravilla crujió bajo nuestros pies. Caminábamos en zigzag, a fin de evitar los matojos que invadían el sendero. A los pocos momentos, nos hallábamos frente a la puerta de entrada.

Lola probó de nuevo. La puerta estaba cerrada, aunque no con llave.

—Si nos sorprende, puede denunciarnos por allanamiento de morada —murmuró—. Pero no me importa. ¿Y a usted, Bill?

—Estamos embarcados en el mismo bote, Lola —contesté gráficamente.

Cruzamos el umbral.

En contraste con el jardín, la casa estaba en completo orden. No se veía la menor mota de polvo y los muebles estaban cuidados y relucientes. El decorado era algo pasado de moda, pero no falto de gusto. Al menos, para la época en que había sido construida la casa, tal vez ochenta o noventa años antes.

Había una gran sala de trabajo a la derecha del vestíbulo. Vi en un lado algo que me llamó especialmente la atención: unos grandes armarios archivadores, los cuales ocupaban casi por completo uno de los muros de la estancia. Había una mesa de despacho y otra auxiliar con una máquina de escribir y un dictáfono.

En otro de los muros de la habitación, vimos un gran mapamundi, que casi lo cubría por completo. Era un mapa sumamente detallado, en el que vimos una infinidad de señales.

Eran puntitos de color rojo, blanco y azul, y había miles de ellos.

—¿Qué significan esas señales, Bill? —preguntó Lola.

Se me había ocurrido una idea, pero no quise expresarla por el momento. Lo que ahora me llamaba la atención era un punto mayor que los demás, situado en el centro del Océano Pacífico, de color amarillo rabioso.

Me acerqué al mapa, presa de una súbita sospecha. Un instante después, confirmaba la sospecha.

El punto amarillo señalaba la isla de Blackaboor.

—Esto no parece el despacho de un médico —dijo Lola—. ¿Ese título no sería cosa de su propia imaginación?

—Espere unos momentos —rogué.

Me acerqué a los archivadores. Busqué el correspondiente a la letra B y tiré del cajón hacia mí,

Lola contemplaba mis acciones con el mayor interés. Empecé a buscar y no tardé en encontrar una gran ficha, encabezada por el nombre de una persona conocida: Marianne Beand.

La ficha, además de los datos personales de la esposa de mi amigo, señalaba también la fecha en que Pendrall la había visitado. Igualmente se señalaba allí la fecha del nacimiento de Jimmy Beand.

Lola, que leía por encima de mi hombro, no dijo nada, pero crucé mi mirada con la suya y ello fue suficiente para ambos.

Volví la ficha a su sitio. Busqué ahora en la letra M.

Allí estaba la señora Marín, naturalmente. Y su hija Rosita.

Y también aparecieron Ann K'Tamo, Li Huang, Jed Broctor y Amina, la árabe.

Y muchos más. Muchísimos. Millares... quizá decenas de millares de personas tratadas por el doctor Pendrall.

Ciertamente, había muchas fichas recientes, algunas con pocas semanas de antigüedad. Abundaban más, pude verlo en un rápido examen, las de unos años antes y eran más escasas las que correspondían a las fechas de nacimiento de Jimmy y Rosita Marín. A pesar de este, de estas, en una rápida impresión, conté más de las que creía podían haber.

Entonces, al cabo de un rato, Lola preguntó:

—¿Cómo es posible que el doctor Pendrall haya tratado a tantas mujeres y no se haya divulgado el hecho?

—¿Es un hecho que merezca la pena ser divulgado el que una mujer en estado de gestación sienta molestias y visite a su médico?

—No, es de lo más corriente del mundo, pero lo que resulta extraño es que el doctor Pendrall no esté inscrito en la Asociación de Médicos.

—Quizá nos lo aclare él... si lo vemos —contesté—. ¿Seguimos con la exploración?

—Por supuesto.

Abandonamos el despacho y regresamos al vestíbulo.

Otra de las habitaciones de la casa era una gran biblioteca, en la que pude apreciar una gran variedad de temas en los libros allí contenidos.

—No cabe la menor duda —dije—. Si Pendrall es uno de los semidioses, necesitó libros para instruirse.

—¿Cree usted que Pendrall es uno de «ellos»? —preguntó Lola.

—¿Hay alguna razón para que no lo sea?

Lola hizo un gesto de duda.

—Quizá Pendrall probó con los otros, pero no quiso probar en sí mismo —respondió sonriendo—. Hay médicos que no prueban las medicinas que recetan a sus pacientes.

—Esto es algo más que una simple medicina —dije—. Continuemos.

El piso superior no ofrecía nada de particular a la vista. Era una planta destinada a dormitorios.

Volvimos de nuevo a la planta baja. Otra puerta conducía a la cocina y servicios. Había, en fin, una cuarta puerta, que abrimos la última de todas.

De allí arrancaba una escalera, que conducía a un sótano. Había una brillante iluminación y pudimos verlo todo sin obstáculos.

Era un laboratorio. Como médico, reconocí muchos de los instrumentos y aparatos que habla allí. Otros, en cambio, me resultaban absolutamente desconocidos.

—Y aquí es donde el doctor Pendrall elabora su pócima misteriosa, que le permite obtener superhombres —dijo Lola irónicamente.

—Puede que no ande tan descaminada —contesté—. Pero ya no podemos saber...

Una voz humana me interrumpió en aquel punto.

—¿Deseaban algo de mí?

Lola y yo nos quedamos quietos un instante. Antes de volver la cabeza, nos miramos mutuamente.

Luego giramos poco a poco y nos enfrentamos con el dueño de la casa.

—Soy Tell, psiquiatra —me presenté—. Ésta es la señorita Greene.

El hombre que estaba frente a nosotros nos saludó con una ligera inclinación de cabeza. No parecía mostrarse enojado ni sorprendido por nuestra irrupción en su casa.

—Me llamo Pendrall —contestó.

—¿Doc Pendrall? —inquirí.

—Sí. ¿Por qué la duda, doctor Tell?

Me mordí los labios. El hombre que teníamos frente a nosotros estaba en la plenitud de la vida. Físicamente no aparentaba siquiera cuarenta años. Era muy alto y ancho de hombros y daba la sensación de poseer una fuerza física nada común.

El pelo era negro y muy abundante. Sus pupilas, por contra, eran muy claras, de un tono singular; a veces, parecían amarillas. Pero la expresión

de su mirada era aguda, penetrante... daba la sensación de que le taladraba a uno la frente con los ojos.

—El hijo del doctor Pendrall —manifesté.

—No. El doctor Pendrall en persona. No tengo hijos, doctor Tell —contestó el galeno sorprendentemente.

Lola ahogó una exclamación de asombro. Yo me sentía poco menos que atónito.

Pendrall contaba unos cuarenta años cuando atendió a Marianne Beand. Ahora debería tener sesenta y uno, pero, aun contando con que hubiese conseguido conservarse en un magnífico estado físico, resultaba sorprendente su juvenil apariencia. Sorprendente e incomprensible.

CAPÍTULO VII

Después de las palabras de Pendrall sobrevino una pausa de silencio, que rompió él mismo, diciendo:

—Imagino que habrán venido para consultarme algo, ¿no es así?

—En cierto modo, doctor —contesté, rehaciéndome—. Se trata de unos buenos amigos míos. Beand, es su apellido.

Pendrall pareció dedicarse a hacer memoria. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Sí, recuerdo el nombre. ¿Les ocurre algo?

—En cierto modo, les ocurre lo mismo que a los señores Marín —dije —. Usted atendió a la señora Marín hará unos veinte años, durante unas vacaciones en el Sur de España.

—Me parece que sí, es probable —admitió Pendrall sin inmutarse—. ¿Y...?

—El hijo de la señora Beand ha desarrollado unas facultades psíquicas extraordinarias. Da la casualidad de que no es el único en sus condiciones, pero no es menos cierto que todos los que están en su caso han nacido de mujeres que fueron atendidas por usted.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Pendrall.

—Diríase que me está tomando por un mago, doctor Tell —manifestó.

—Es posible que lo sea en muchos sentidos —dije—. A nosotros nos gustaría saber qué parte ha tenido usted en el desarrollo de las características de Jimmy Beand, de Rosita Marín, de Ann K'Tamo y de muchísimos otros. Estoy viendo un laboratorio estupendamente equipado y ello me intriga, como es lógico.

Pendrall no se inmutó.

—Doctor Tell, ¿no cree que yo también debiera intrigarme por el hecho de que dos desconocidos hayan entrado sin permiso en mi casa? ¿Qué se supone que puede hacer una persona en un caso semejante?

—Llamar a la policía, desde luego —terció Lola.

—¿Qué ganaría con eso? —repuso él—. Lo mejor será que se vayan.

La orden era seca, tajante. Claramente se veía que Pendrall no tenía ganas de proseguir la conversación.

—Parece ser que no le gusta la idea de que la policía venga a husmear en su casa —observé.

—¿Por qué? ¿Qué motivos podrían alegar para entrar aquí, incluso provistos de un mandamiento judicial?

—Práctica ilegal de la medicina —dije audazmente.

Pendrall enarcó las cejas.

—Creo que no he oído bien —dijo.

—Se lo repetiré, doctor, suponiendo que lo sea —contesté—. Usted no figura inscrito en las listas de la Asociación Médica.

—¿De veras? —se echó a reír—. Sus palabras me indican que ha estado investigando sobre mí, pero no lo ha hecho en debida forma. De lo contrario, sabría que tengo todos mis títulos en regla. Su denuncia no prosperaría, doctor Tell.

—Yo no he dicho que vaya a denunciarle. Lo que he dicho es...

—Lo sé —me interrumpió Pendrall—. Doctor, usted no podía saber que estoy inscrito en la Asociación Médica con el nombre de Elmer P. Smith, que, lo crea o no, es mi nombre verdadero.

—¡Vaya un timo! —resopló Lola.

—Hay diferentes maneras de apreciar la cuestión —dijo él—. Pero estimo que ya ha pasado demasiado tiempo. Por favor, necesito continuar mi trabajo.

Era una clara invitación a que nos marchásemos. En realidad, no podíamos resistirnos.

Además, ¿qué iba a preguntarle? Pendrall no parecía dispuesto a continuar contestando a nuestras preguntas. Y era lógico, por otra parte.

Sin embargo, aún me quedaba una observación por hacer.

—Se conserva usted maravillosamente bien, doctor —dije—. ¿Ha encontrado la droga de la eterna juventud?

Un vivo chispazo brotó de sus ojos. Sus labios se contrajeron súbitamente.

—Les acompañaré —fue todo lo que dijo.

Y se echó a un lado para señalarnos la escalera.

Era imposible resistirse. Mis fuerzas físicas, aun siendo notables, no podían compararse con las de Pendrall, cuyo voluminoso corpachón parecía abrumarnos, pero más aún que abrumarnos, dominarnos en todos los sentidos. A su lado, nos sentíamos pigmeos.

En la puerta exterior, Pendrall nos hizo una recomendación.

—No vuelvan más por aquí —dijo lacónicamente.

La amenaza se captaba en aquellas palabras. Yo pensé que, si me convenía, volvería... y tal vez armado.

Presentía un peligro latente en la actitud de Pendrall. ¿Qué clase de peligro?

Imposible saberlo por el momento, pero no cabía la menor duda de que era como una espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas.

Lola y yo emprendimos el regreso. Durante largo rato, permanecimos callados.

Luego, ella dijo:

—¿Sabe, Bill? Ese hombre me da miedo... muchísimo más que mi primo Jimmy. Me ha parecido que estaba viendo al diablo en persona.

—Quizá no sea el mismo diablo, pero no cabe duda de que le anda muy cerca —contesté—. Lo que más me intriga es no conocer sus proyectos. ¿Por qué trató a tantas mujeres para modificar las características de sus hijos? ¿Qué pretende hacer con esta nueva raza de superseres?

—Lo que sea, no tiene nada de bueno, Bill. En cambio, me gustaría conocer el secreto de su droga mágica.

—¿Qué droga mágica? —pregunté distraídamente.

—¡La de la eterna juventud, hombre! ¿No se ha dado cuenta de que, para tener sesenta y tantos años, está magníficamente conservado? ¡Si apenas parece tener la mitad!

—Es incomprensible, en efecto, pero por ahora, Lola, sólo nos queda un remedio.

—¿Cuál, Bill?

—Vigilar. Estar al tanto de sus pasos. Controlar sus movimientos, si es posible.

—No estaría mal —murmuró la muchacha con aire meditabundo.

Pero yo debía pensar en mi trabajo. No podía denunciar a Pendrall a la policía, porque, ¿qué podía alegar contra él?

¿Hacer pública su historia?

La habría negado. Tenía perfecto derecho a atender a los enfermos... y las mujeres gestantes a las cuales había asistido no podrían decir otra cosa sino que habían sentido alivio con su tratamiento. Que luego les hubieran nacido unos hijos con extrañas y singulares características, podía achacarse a una mutación genética incomprensible por el momento.

Pero nadie podría probar que Pendrall tema algo que ver con el asunto.

Y, sin embargo, tanto Lola como yo presentíamos un gravísimo e indefinible peligro. Tal vez se estaba incubando una catástrofe..., pero, por el momento, no veíamos la manera de evitarla.

A los pocos días leí en los periódicos una noticia.

¡SE HA VENDIDO LA ISLA BLACKABOOR!

> *El comprador, cuyo nombre se mantiene en el incógnito por el momento, abonó el precio convenido y, tras firmar los documentos pertinentes, se ha convertido en el único propietario de una de las pocas islas verdaderamente desiertas que todavía quedan en nuestro atestado planeta...*

Al leer la noticia, sentí como una especie de presentimiento y estaba seguro de no equivocarme.

El comprador de la isla Blackaboor no era otro que el doctor Pendrall.

¿Para qué la quería, me pregunté, si eran ciertas mis suposiciones?

De pronto, decidí llamar a Jimmy Beand.

—Quisiera conversar un rato contigo —le dije, cuando se puso al teléfono.

—Con mucho gusto, doctor. ¿Cuándo?

Tenía mi agenda de visitas ante los ojos.

—A las seis y media de la tarde. ¿Te conviene?

—Encantado, doctor.

Jimmy fue puntual.

Sólo había transcurrido medio año desde la última vez que nos vimos, pero me pareció que había alcanzado por completo su madurez física e incluso la mental. Estaba tremendamente desarrollado, pero no parecía un hércules de feria. Las proporciones de su cuerpo eran adecuadas y lo que sí parecía era un muchacho que debía de tener un poderoso atractivo para las mujeres.

Estrechó la mano sólo ligeramente. Creí que mis dedos quedarían triturados.

—¿Le he hecho daño, doctor? —sonrió—. A veces no sé controlar bien mi fuerza y...

—¿Fuerza? Jimmy, que yo sepa tú no eres demasiado aficionado a los ejercicios físicos y sin ejercicios físicos, no se desarrolla la fuerza.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, doctor —contestó—. Tengo fuerza, eso es todo. Y usted tiene razón, no hago demasiados ejercicios físicos. Pero supongo que debe de ser cosa de mi naturaleza.

—Sí, eso mismo creo yo —admití en tono normal—. ¿Me sigues leyendo el pensamiento? —le pregunté de sopetón.

Jimmy no era aficionado a mentir.

—Sí, doctor.

Hizo una corta pausa y añadió:

—Lo siento, pero no puedo evitarlo. En casa tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no mirar a mis padres.

—Ah, de modo que sólo mirando a una persona puedes leer su mente —dije.

—No, doctor; también puedo hacerlo, aunque no la mire. Pero parece que si aparto la vista de su cara, me ocupe de otras cosas y... ¿Comprende?

—Perfectamente, Jimmy. ¿Cómo sigues de las demás facultades?

—Sigo viendo a través de los cuerpos opacos.

—Y prediciendo el futuro.

—Según en qué casos y el empeño que ponga en ello. Pero no hago nada por evitar las cosas.

—¿Ni aunque vaya a producirse una catástrofe?

Jimmy negó vigorosamente con la cabeza.

—No, doctor, ni aunque sepa que va a producirse una catástrofe. Es un hecho que debe producirse y... ¿no provocaría otra catástrofe mayor, tratando de evitarla?

—Pero si eres clarividente, podrás evitar también esa segunda catástrofe —alegué.

—Doctor, los hechos que deben suceder, han de suceder —dijo Jimmy solemnemente.

—¿No evitarías la catástrofe ni aunque te afectase a ti en persona?

El muchacho vaciló.

—En ese caso... —dijo.

—Cuando eras pequeño, salvaste la vida a tus padres —le recordé.

—Era pequeño y carecía de experiencia —me contestó.

—Así, pues, sólo evitarías una catástrofe si de ella resultase algo dañoso para ti. Pero, si no es así, ¿te beneficiarías de sus resultados?

Jimmy vaciló de nuevo.

—¿Por qué dudas? —pregunté.

El muchacho se removió en el asiento, muy inquieto.

—Me gustaría dar de lado este tema, doctor —me pidió.

—Y a mí me gustaría profundizar —dije.

—¡No! —respondió casi con violencia. Luego se excusó—. Doctor, perdone mi tono, pero no he podido evitarlo. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí. Quiero que me hables de tus facultades de teleportación, Jimmy.

CAPÍTULO VIII

Un pesado silencio se abatió sobre mi despacho. Nervioso, con toda evidencia, Jimmy, sin duda para tener ocupadas sus manos, cogió un pesado cenicero de vidrio y empezó a darle vueltas con los dedos.

—Suelta el cenicero —le ordené.

Jimmy me dirigió una mirada terrible. En aquel momento, me pareció que sus pupilas se tornaban de color amarillo.

Escondió el cenicero al otro lado de la mesa. Desde donde yo estaba no podía ver lo que hacía.

De pronto, oí unos chasquidos. Los chasquidos se convirtieron en un ruido extraño, algo así como si estuviesen triturando un objeto duro con un poderoso molino.

Jimmy levantó las manos a los pocos momentos. Había formado con ellas un hueco, las dos juntas, y el hueco estaba lleno de polvo de vidrio, que derramó en un montoncito sobre la mesa.

Me quedé helado. No sólo era poderoso mentalmente, sino también en lo físico.

Me enseñó las manos. Estaban limpias, sin el menor rasguño.

Todo ello se desarrolló en el mayor de los silencios. Yo sentía que su mente hurgaba en la mía. Quise oponerme, pero no pude evitarlo.

—¿Por qué has hecho eso, Jimmy?

—Tengo que irme —contestó él con voz opaca.

—Te pedí una prueba de teleportación, levitación o como quieras llamarlo —insistí.

Jimmy sonrió. De pronto, me encontré sentado a un metro del suelo. ¡El poder fabuloso de su mente me levantó con el sillón, a cuyos brazos me agarré con ambas manos, lleno de un más que justificado pánico!

—¡Bájame, Jimmy! —grité.

El sillón descendió y yo con él. Me levanté de un salto y lo contemplé como un arma del Maligno.

—Jimmy, Jimmy...

—Usted me pidió una prueba —dijo él—. ¿Se ha convencido ya?

—Jimmy, ¿qué harás ahora?

—¿Qué es lo que quiere decir, doctor?

—Tú lo sabes aún mejor que yo. Una persona con los formidables poderes que tú posees, ¿se va a quedar quieta, conformándose con su actual mediocridad? ¿No ambicionará algo más, mucho más..., muchísimo más?

Jimmy se puso en pie.

—Adiós, doctor —dijo.

—¿Es eso todo lo que tienes que contestarme?

—Le diré una cosa: Rosita Marín y yo vamos a casamos.

—Pero...

—Es muy probable, casi seguro, que no volvamos a vemos más, doctor. Quiero que sepa una cosa: le estoy muy agradecido por todo cuanto ha hecho en mi favor.

Su tono era distinto del empleado hasta ahora. Aun en aquellas palabras de gratitud mostraba altivez y orgullo, cualidades nunca vistas en él hasta aquel momento.

Se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió y me miró.

Sonreía. En aquel momento, y pese al tono de sus palabras, volví a ver en él al muchacho bueno, franco, sincero y agradable que siempre había sido. Pero era la última vez.

—Cuando yo me haya ido, procure consolar a mis padres, doctor.

Ya no dijo más. Yo no me atreví a preguntarle por el lugar al cual pensaba dirigirse.

Tenía miedo. Miedo de él y de su respuesta.

Y miedo de su matrimonio con la española.

¿Qué descendencia podría nacer de semejante enlace?

Rosita Marín era idéntica a él. La perspectiva resultaba aterradora.

Era, simplemente, la perspectiva unos semidioses dominando el planeta.

Largo rato pasé sumido en mis amargos pensamientos. La visita de Jimmy había sido la última y no me di cuenta de que era de noche hasta que entró mi enfermera secretaria para despedirse.

Encendí la luz. Miré a la mujer como si fuera un ser de otro planeta.

—¿Se encuentra mal? —preguntó ella solícitamente.

—Me duele un poco la cabeza, eso es todo. Gracias, June, ya puede irse.

—Buenas noche, doctor.

Los días que siguieron fueron de una tensión inaguantable. Yo no me atrevía a preguntarles a los padres de Jimmy por su paradero y ellos, por su parte, no me decían nada. De pronto se me ocurrió la idea de que tal vez Lola podría ayudarme.

Tomé el teléfono y la llamé. Su madre me contestó que estaba ausente y que no sabía cuándo volvería, aunque creía sería para la hora de la cena. Encargué a la señora Greene que me llamase Lola en cuanto regresara y la señora Greene contestó invitándome a cenar a su casa.

La verdad, antes de que me hubiese dado cuenta de ello, ya había aceptado. Los padres de Lola resultaron ser gente amable y simpática y el tiempo, en su compañía, se me hizo muy corto, pese a mis precauciones, hasta que apareció ella.

Lola llegó un tanto excitada, pero contenta. Besó sucesivamente a su

padre y a su madre y luego me estrechó la mano, mientras me miraba con ojos brillantes.

—Esto es como un escopetazo, Bill —dijo—. ¿Qué ventolera le ha dado para presentarse en mi casa?

—Poseo el olfato de un podenco y ello me ha permitido saber los buenos guisos que hace su madre —contesté riendo—. ¿No le parece un buen motivo?

—Magnífico —dijo Lola—. Y me alegra mucho la visita. ¿Sabe?, tengo muchas cosas que contarle.

—Yo también. Por eso he venido.

—En tal caso, hablaremos después de la cena, Bill. Permítame; voy a mi cuarto a cambiarme de ropa. Papá, la copa de nuestro huésped está vacía.

El señor Greene me puso la segunda dosis de *scotch*. La cena resultó muy animada, aunque en ella no tocamos para nada el tema que tanto nos preocupaba.

Luego, Lola y yo nos sentamos en el porche de la casa. Sus padres, discretos, se quedaron en el salón.

—Bill —empezó Lola, con gran vehemencia—, ¿a que no sabe qué he estado haciendo todos estos días?

—Usted me lo va a decir ahora mismo —respondí.

—He estado vigilando la casa del doctor Pendrall.

—Interesante —dije—. ¿Qué ha visto?

—Primero: ha recibido muchas visitas. Gentes de todas clases y razas. Por supuesto, a una hora determinada, sólo por la tarde, de las tres a las siete o las ocho de la noche.

—Es médico —contesté—. Yo también recibo a unas horas aproximadamente parecidas.

—Sí, pero él recibía siempre a gentes distintas. Usted, cuando tiene en tratamiento a un cliente, lo recibe periódicamente, una o dos veces a la semana, ¿no es así?

—Más o menos, Lola.

—Pendrall no ha «repetido» jamás el mismo cliente. Tengo buena memoria fisonómica, Bill; hubiera reconocido a cualquiera que hubiese ido por segunda vez.

—Por lo visto, ha estado observando los movimientos de Pendrall durante muchos días —observé.

—Diez —afirmó ella— Segundo: las visitas eran rapidísimas. Apenas duraban cinco minutos. Teniendo en cuenta que su horario de recepción era de cuatro horas de promedio, venía a recibir cada día por lo menos a cincuenta pacientes. ¿Se puede atender a un enfermo sólo con cinco minutos?

—Hombre... —vacilé.

—No hay tiempo para estudiar la dolencia de una persona con cinco minutos tan sólo. Y, ¿qué clase de doctor es Pendrall que no tiene una sola enfermera para ayudarle?

—La verdad es que se trata de un tipo más bien raro. ¿Qué otra cosa averiguó?

—Uno de los clientes fue mi primo Jimmy. Lo vi al tercer día de vigilancia.

Me quedé pensativo unos momentos. Cada vez estaba más seguro de que las portentosas facultades de Jimmy no se debían a una mutación de origen natural. Alguien había provocado esa mutación... y ese alguien era Pendrall, ya no cabía la menor duda. Pero, ¿qué se proponía hacer?

—¿Nada más, Lola? —pregunté.

—¿Le parece poco, Bill? Oh, ese Pendrall prepara algo horrible. ¿No podríamos hacer nada para evitarlo?

—No tenemos el menor indicio de que su actuación esté en contra de la ley, Lola —respondí gravemente—. Acusarle ahora de algo que no sabemos si es verdad, podría costamos un disgusto muy serio con la justicia.

Lola se mordió los labios.

—Tiene razón —convino, con un hondo suspiro—. Pero presiento algo horrible, Bill, y lo malo es que cuando ocurra, será demasiado tarde para evitarlo.

—¿Quién sabe? —dije, para animarla—. Acaso nos estamos dejando llevar de fantasías...

—¿Fantasías, con los poderes de Jimmy?

Hice un signo de asentimiento. Después de lo que había visto en mi despacho, no había fantasía alguna en lo que estaba sucediendo.

—Usted dijo que tenía algo que comunicarme, Bill —me recordó Lola de pronto.

—Sí —contesté—. Pronto va a tener usted una nueva prima. Jimmy se casa.

—¡Vaya, qué callado se lo tenía! ¿Conoce usted a su futura?

—Sí, Lola. Es una chica española... con sus mismas cualidades.

Ella me miró aterrada.

—Entonces, ¿sus hijos...? —y no se atrevió a completar la frase.

—Lógicamente, tienen que ser como ellos, por lo menos, Lola —respondí.

—Será espantoso, Bill, porque ahora me estoy dando cuenta de que todos los visitantes del doctor Pendrall debían de ser gentes como mi primo y su futura esposa.

—¿Eran jóvenes todos?

—No había ni uno solo que pasara de los veintiuno o veintidós años. Aunque fuesen de color, todos, hombres y mujeres, eran altos, guapos y fuertes.

—Y se les advertía una luz extraña en la mirada, que parecía provenir de su interior.

—Sí. ¿Cómo lo sabe, Bill?

—Vi esa misma expresión en los ojos de Jimmy —respondí—. No me lo dijo claramente, pero pude advertir que parecía convencido de desempeñar una misión trascendental. No he podido averiguar qué es lo que se propone, pero debe de ser algo muy importante y, además, lejos de Inglaterra.

—¿Cómo? ¿Piensa acaso marcharse? —se asombró la chica.

—Sí. Se despidió de mí y dijo que era muy probable que ya no volviésemos a vernos nunca. No fijó la fecha de su partida, pero no me cabe la menor duda de que se irá.

—¿Le dijo el punto de destino?

—No, Lola, no me lo dijo. Y encuentro muy lógico, además, que se lo callara.

—¡Pobre tía Marianne! ¡Se llevará un disgusto horrible cuando Jimmy se haya ido! —contestó Lola doloridamente.

Y yo pensé, en aquellos momentos, que tal vez muchas otras personas sufrirían más que la señora Beand por los actos de su hijo., Pero lo malo era que no veíamos la manera de evitarlo, porque, sencillamente, ignorábamos sus propósitos.

CAPÍTULO IX

Una semana después, Lola me llamó por teléfono.

—¡Noticias, Bill! —dijo, casi gritando, a través del teléfono.

—Hable, Lola; la escucho.

—El doctor Pendrall se ha largado.

—¿Adonde?

—No lo sé. Le vi montar en un gran camión de carga, donde había estado metiendo una gran cantidad de cajas de madera, con ayuda de unos operarios, por supuesto, y se esfumó. Yo intenté seguirle, pero un inoportuno pinchazo me estropeó el plan. Inconvenientes de usar un coche antiguo —se dolió la chica.

A mí se me había ocurrido una idea, pero no era cosa de discutirla por teléfono.

—¿Puedo ir a verla esta noche a su casa? — pregunté.

—¡Claro! ¡Le esperaré, Bill, no falte!

Colgué el aparato. Apenas lo había hecho, volvió a sonar el timbre de llamada.

Era mi amigo Beand.

—Billy, Jimmy se ha ido —me anunció.

El muchacho había cumplido su promesa.

—¿No te ha dicho adonde? —pregunté.

—No. Simplemente, llenó una maleta con ropa y se fue. Su esposa también se fue con él. Nos dijeron adiós...

—Jimmy me había anunciado sus propósitos de casarse con Rosita, pero creí que me invitaría a la boda.

—Ni siquiera nosotros asistimos. Un día volvieron y nos dijeron que ya eran marido y mujer. ¿Qué podíamos hacer nosotros ante un hecho consumado, Bill?

—Es claro —contesté—. Ya eran mayores de edad y podían disponer de sí mismo. ¿Vivían con vosotros?

—Sí. Ni siquiera hicieron viaje de novios.

—Bueno, quizá lo emprendan ahora...

—Bill, esto es algo más serio que un simple viaje de luna de miel. Presiento que no volveremos a ver a nuestro hijo. En realidad, ¿ha sido nuestro hijo en alguna ocasión?

Las palabras de mi amigo rezumaban amargura. Lo malo era que tenía razón. Salvo por el accidente físico de su nacimiento, no se podía asegurar que Jimmy hubiera sido realmente el hijo de Lewis y Marianne Beand.

Oh, no había sido un muchacho descastado o díscolo o irresponsable y fuente continua de disgustos, al menos de cierta índole, para sus padres.

Pero no había sido el hijo con que Lewis y Marianne soñaron cuando le vieron nacer.

—Iré a veros más tarde —prometí, recordando que Jimmy me había pedido que consolase a su madre cuando él se hubiera ido.

No fue una visita muy agradable. Marianne estaba deshecha.

En aquel caso, no se trataba del caso de una madre a la que se casa un hijo y marcha a un país lejano. En estas circunstancias, una madre siempre tiene la esperanza de verlo de nuevo algún día.

Marianne, como su esposo, como yo, presentía que ya no vería jamás a Jimmy.

Simplemente, era como si hubiera muerto.

Hice lo que pude. La verdad es que no conseguí gran cosa. Marianne necesitaría mucho tiempo para reponerse. Confuso y disgustado, abandoné la casa de los Beand y me dirigí a la de Lola.

La chica me esperaba ansiosamente. Nos sentamos en el porche y me preguntó si tenía alguna nueva idea.

—Una —contesté.

—Hable, Bill — me pidió con avidez.

—¿Recuerda usted que hace bastantes días publicó la prensa la noticia de la venta de una isla desierta?

—Sí, leí algo por el estilo, pero la verdad es que no me fijé demasiado. ¿Qué pasa con esa isla, Bill?

—El precio de venta era de ciento cincuenta mil libras. Alguien la compró, uno que no quiso dar su nombre. Estoy seguro de que fue el doctor Pendrall.

—¿Y para qué quiere él una isla? —se asombró la chica.

—Lola, estoy seguro de que todos los que son como Bill y su esposa van a reunirse con Pendrall en aquella isla. Ignoro con qué fines, pero presiento que es así. Blackaboor está a muchos miles de kilómetros de distancia, fuera de las rutas marítimas y aéreas... y, en fin, es el lugar ideal para que Pendrall pueda llevar a cabo la culminación de sus diabólicos experimentos.

Lola se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Puede que diga la verdad, Bill —se estremeció de pronto—. En ese caso, se reunirán allí miles de personas. ¿Cómo podrán vivir...?

—Pendrall habrá resuelto ya ese problema —contesté.

—Es lógico, no parece ser un tipo dado a la improvisación. Pero podríamos intentar comprobar si es cierto que Jimmy y los demás se han ido a Blackaboor.

—¿Adivina usted el pensamiento? —pregunté con una sonrisa—. Yo estaba pensando lo mismo que usted, Lola.

—Esa es una cosa que se le habría ocurrido al más zoquete —contestó

ella muy seria—. Bill, si le parece, yo me encargaré de averiguar si es cierto que Jimmy, su esposa y muchos otros se han dirigido a Blackaboor.

—¿Cómo piensa hacerlo, Lola?

Ella me miró maliciosamente.

—En estos tiempos se me han desarrollado muchísimo las facultades detectivescas —contestó—. Será porque he estado observando a Pendrall días y más días...

—A propósito, ¿cómo lo hizo? ¿Advirtió Pendrall algo raro?

—No. Había una casa desalquilada no lejos de la suya y yo la alquilé. Me instalé en una de las ventanas del ático, provista de unos buenos prismáticos y allí me pasaba las horas. Ahora haré algo parecido, Bill. Pero necesitaría que me dieses unos cuantos nombres para poder confirmar nuestras sospechas.

—Recuerdo algunos —contesté—. Anótelos, por favor.

—Son pocos —dijo ella, al cabo—. ¿Cómo podríamos saber de más gente capaz de ir a la isla de Blackaboor?

No había más que una solución.

—Mañana le diré unos cuantos más —respondí.

Me quedé a cenar en casa de Lola, naturalmente.

Ella y yo procuramos olvidar nuestras preocupaciones y la velada transcurrió agradablemente.

Después de cenar, tomé mi coche y me dirigí a la casa de Pendrall.

Detuve el vehículo ante la puerta. La verja estaba entreabierta.

El silencio era total. Una suave luz de luna bañaba el parque. Mis pasos resonaron lúgubremente mientras caminaba sobre la gravilla.

La puerta estaba cerrada con doble vuelta de llave. Busqué una ventana e hice saltar el cristal de un codazo. Así pude levantar el bastidor y pasar al interior de la casa.

Por medio de una cerilla, pude encontrar el interruptor de la luz. Así llegué al vestíbulo, en donde vi abierta la puerta que conducía al sótano.

Me bastó llegar a mitad de la escalera, para darme cuenta dé que el laboratorio había desaparecido con su dueño. Los aparatos e instrumentos debían de ir embalados en las cajas de que me había hablado Lola:

Volví a desandar el camino. Examiné la biblioteca.

Los estantes aparecían vacíos de libros. También se los había llevado... y ello probaba que había necesitado más de un camión. Posiblemente, había sucedido durante uno de los períodos de ausencia de Lola. A fin de cuentas, ella no podía vigilar la casa de Pendrall de una manera ininterrumpida.

Los muebles continuaban en su sitios Entonces se me ocurrió entrar en el despacho. Allí estaban los archivadores.

Además, podía encontrar algo que confirmase nuestras sospechas. Tal vez Pendrall había dejado algún rastro...

Los rastros que vi fueron los de unas cuantas fichas tiradas de cualquier manera por el suelo. Los archivadores estaban vacíos.

Me incliné y recogí las fichas, una docena o cosa así. Me senté ante la mesa de Pendrall, después de haber ordenado las fichas, tomé papel y lápiz y empecé a copiar los nombres.

Anoté siete. El octavo correspondía a una tal Laura Greene.

Me quedé helado. Laura Greene había tenido una hija, a la que había impuesto el nombre de Dolores.

Lola. Sí, también ella era una mutante.

¿No le había preguntado yo aquella misma noche si adivinaba los pensamientos?

El descubrimiento me abrumó.

¿Había sido un juguete en manos de Pendrall, por mediación de la chica?

Lola había manifestado vigilar a Pendrall durante muchos días. Todo lo que me había dicho, ¿no era algo acordado previamente con el médico?

Durante muchos minutos permanecí en el mismo sitio, aturdido y sin saber qué hacer. Al cabo, tomé una decisión.

Había que comprobar si Lola poseía las mismas facultades que Jimmy. Era raro, sin embargo, me dije, no haberlas puesto de relieve en ningún momento.

¿O acaso lo había ocultado habilidosamente para servir así mejor los poco claros planes de Pendrall?

Si Lola era una mutante, se negaría a dañar a sus compañeros. Yo sabía cómo hacerlo.

Llamé a la muchacha al día siguiente y le di once nombres más. Le dije que la casa de Pendrall estaba vacía, pero callé que sabía que su nombre había figurado en los archivos del galeno.

—Bien, Bill —dijo Lola, con su acento animoso de costumbre—, no se preocupe de más. Deje el resto en mis manos.

Antes de que volviera a tener noticias de ella, transcurrió una semana.

Esta vez, no me habló por teléfono, sino que vino directamente a mi despacho. Traía unos cuantos papeles en las manos.

—Más noticias, Bill —dijo.

—Es usted una estupenda detective —contesté, sonriendo.

—Acaso equivoqué la profesión, pero no olvide que las mujeres somos curiosas por naturaleza —exclamó—. Bien, la primera noticia es que el doctor fletó un barco de mediano porte y zarpó directamente con rumbo a la isla de Blackaboor.

—Lo cual corrobora mis suposiciones, Lola. ¿Qué más?

—El barco iba cargado de todo género de provisiones y llevaba unos cien pasajeros, además de la tripulación. En las oficinas del *Lloyd's* me han

dado muchísimos detalles. ¿Para qué querrá Pendrall un millar de tiendas de campaña, capaz cada una de ellas para cinco o seis personas?

—Blackaboor está desierta. Por lo tanto, no hay edificios —le recordé.

Lola se estremeció.

—¡Santo Dios! Cinco mil personas..., estarán allí como sardinas en lata, Bill.

—No tanto. Recuerde que son setenta kilómetros cuadrados..., unos doce de largo por seis de anchura. ¿Sabe la cantidad de gente que cabe en ese espacio?

—Setenta millones de personas, si a cada una se le da un espacio de un metro cuadrado —dijo Lola de buen humor—. Ahora, en serio. El nombre de Jimmy y Rosita no figuran en el rol de pasajeros. Han tomado un avión para Tahití, como Ann K'Tamo, Jed Broctor y algunos de los que conocí en casa de mis tíos. En cambio, no he encontrado rastro alguno de los once nombres que me facilitó por teléfono. Raro, ¿verdad?

—Sí, bastante, pero puede que salgan después, Lola.

—Las compañías de aviación han tenido estos días una inusitada demanda de pasajes para Tahití y otros aeródromos del Sur del Pacífico. Ya no cabe la menor duda; Pendrall concentra a sus pacientes en Blackaboor.

Lola estaba acercándose al punto que yo quería tocar. Sin embargo, quería hacerlo de modo que fuese ella quien lo sugiriese y no yo.

—Pendrall va a continuar allí sus experimentos —dije.

—Quizá a esperar otros veinte años, para ver qué características tienen los hijos de Jimmy y de Rosita... y de las demás parejas que se van a reunir en la isla.

—No será necesario esperar tanto, Lola —manifesté—. Si nos acordamos de lo que sucedió con Jimmy, al año de nacido su primer hijo, Pendrall sabrá ya si el experimento ha dado resultado o no.

—Lo dará —aseguró Lola—. Sus hijos tienen que ser, como mínimo, iguales a ellos. O superiores.

—¿Superiores? ¿Puede haber seres humanos superiores a Jimmy? ¿Qué clase de personas serían, Lola?

—No lo sé —dijo ella con voz opaca—. Temo el pensarlo siquiera. Doctor —añadió, olvidada momentáneamente, en sus preocupaciones, de mi nombre—, ¿qué podríamos hacer nosotros para evitarlo?

—Lo veo muy difícil. Pero ¿por qué no me sugiere usted una idea?

—Si no sabemos exactamente lo que van a hacer, no podremos evitarlo, y eso pensando con mucho optimismo. Pero no lo podremos saber nunca permaneciendo aquí, en Inglaterra.

—¿Está sugiriéndome un viaje a Blackaboor?

Ella me miró con ojos llameantes.

—Sí, justamente —contestó—. Un viaje hasta Blackaboor. Los dos

juntos, Bill. ¿Quieres venir conmigo? —me tuteó de repente.

—La respuesta es sabida de antemano, Lola —le contesté.

CAPÍTULO X

La llegada a Tahití fue relativamente fácil: un avión de línea.

Lo que sucedió después costó un poco más. Fue preciso adquirir una embarcación y solicitar todos los permisos necesarios. La burocracia francesa nos costó sudores.

Por fin, dos semanas después de nuestra llegada, conseguimos zarpar.

La embarcación era un velero de tres toneladas, con un diesel auxiliar, bien aprovisionada de todo cuanto podíamos necesitar. Resultó que Lola conocía muy bien el deporte de la vela y, por si fuera poco, yo estuve adiestrándome durante nuestra permanencia en Papeeté. Todos los días salía unas cuantas horas, en compañía de un marinero nativo, con el cual aprendí bastantes cosas. Naturalmente, Lola llevaría el peso de la navegación, en lo referente, sobre todo, a marcar el rumbo a seguir.

Era preciso tener en cuenta que nos separaba una distancia de más de cuatro mil kilómetros. Podíamos haber tomado un avión, pero hubiera sido indefectiblemente advertido desde el suelo de Blackaboor. Era mejor la navegación marítima. Llegando de noche, como pensábamos, podríamos alcanzar nuestro objetivo sin ser vistos.

Fueron quince días maravillosos. Hubo momento en que llegamos a olvidar los motivos que nos impulsaban a ir a Blackaboor. Lola demostró conocer el manejo de la brújula y, un buen día, me anunció de imprevisto que teníamos a la vista la isla de Blackaboor.

Tomé un catalejo y me subí a la cruceta del palo, a unos nueve o diez metros sobre las olas. El aparato óptico me trajo a la vista una línea delgada y alargada en el horizonte.

—Es Blackaboor, no hay duda —grité desde la cruceta.

Lola mantenía el rumbo con la rueda.

—¿Ves los dos picos gemelos? —preguntó.

Habíamos conseguido fotografías de la isla. Blackaboor sobresalía poco del mar, salvo en un punto. Su altura media oscilaba entre los cincuenta y cien metros. A un tercio de su longitud total, hacia el Oeste, estaba la única montaña de la isla, un antiguo volcán apagado en épocas remotísimas, con dos picos gemelos que le daban una apariencia inconfundible.

La altura de aquella montaña era de unos seiscientos metros. El catalejo me permitía verla con toda claridad.

Contesté afirmativamente. Entonces, Lola dijo:

—Baja, Bill. Vamos a arriar las velas y a permanecer al pairo hasta la noche. Llegaremos cerca de la madrugada y procuraremos buscar un sitio adecuado para fondear y esconder la embarcación.

Era lo mejor que podíamos hacer. Minutos más tarde, las velas estaban

aferradas.

Lola largó el ancla flotante, con ayuda de la cual nos mantuvimos en la misma posición, pues de lo contrario, las corrientes nos habrían alejado de la isla. Apenas se ocultó el sol, llegó la noche, con un crepúsculo brevísimo, propio de la zona tropical en que nos hallábamos.

Lola aceleró. Ahora nos convenía velocidad.

Nos acercamos a Blackaboor a doce nudos a la hora. A tres mil metros de distancia, paró el motor e izamos las velas.

El ruido de la máquina podía ser escuchado a gran distancia, en una noche clara, en un paraje sin ruidos. Una hora después, la roda de la embarcación tocaba la arena de una angosta caleta, que parecía un hachazo en la isla.

La vegetación nos rodeaba casi por completo. Amarramos bien la barca y nos tendimos a descansar.

Lo estábamos necesitando. Cuando despertamos, el sol estaba ya muy alto.

Entonces, celebramos un pequeño consejo de guerra.

—No sabemos donde están —dije—. ¿Qué tal si subimos a la montaña? Desde allí se debe de abarcar toda la extensión de la isla, Lola.

—Es una buena idea, Bill —aprobó ella—. ¿Qué haremos después?

—El doctor trajo mil tiendas de campaña. Eso significa un gran campamento. Una tienda puede esconderse bajo los árboles, pero cuesta mucho hacer lo mismo con un millar.

—¿Y después de localizado el campamento?

—Localizar a Jimmy.

—¿Entre cinco o seis mil personas?

—¿Tenemos otra salida, Lola?

Ella suspiró.

—Evidentemente, no, Bill. Pero ¿querrá Jimmy franquearse con nosotros?

—Estamos aquí, para averiguarlo —dije—. Ahora es el momento de saber si su lealtad se dirige ahora hacia sus compañeros de mutación o nos guardará, todavía la de tantos y tantos años de amistad.

Lola me dirigió una grave mirada.

—Bill —dijo—, Jimmy ya no es «nuestro».

Entendí el significado de la respuesta. Estaba bien claro.

Bill pertenecía ya a otro mundo distinto. Permanecían en el nuestro, pero era como si él, y sus compañeros, estuviesen en un planeta situado a millones de años luz de la Tierra.

Y yo, en silencio, me pregunté: ¿Era Lola también uno de «ellos»?

Se me había ocurrido pensar en más de una ocasión que Lola me atraía a una trampa tendida por Pendrall, urdida con ánimo de eliminarme. Pero

esto no parecía demasiado lógico.

Pendrall era lo suficientemente listo para, en tal caso, saber que yo podía dejar tras de mí escritos o rastros que permitiesen a otros enterarse de la increíble historia.

Lo único que cabía pensar, y no de un modo enfáticamente realizable, era que Lola me había llevado hasta Blackaboor para convertirme en uno más de «ellos». ¿Cómo se viviría poseyendo tan prodigiosas facultades?, me pregunté.

Pero ¿acaso era Lola uno de «ellos»?

Todavía no tenía la confirmación definitiva. Lola no había realizado ningún acto que me permitiera corroborar mis suposiciones.

Quizá, me dije, era que en algunos tales cualidades se desarrollaban más tarde que en la mayoría.

Era cuestión únicamente de paciencia llegar a conocer toda la verdad.

—Estás muy pensativo, Bill —me habló Lola—. ¿No tienes nada más que decir?

—Perdóname —contesté—. Me había quedado distraído un poco... Lola, el terreno nos es desconocido y ya ha pasado mediodía. Opino que debemos emprender la primera marcha de exploración mañana al romper el sol.

Ella aprobó mi propuesta de inmediato.

—Así tendremos todo el día de tiempo para ver más cosas —respondió.

El resto del día lo pasamos acomodándonos y llevando a tierra un pequeño repuesto de provisiones y agua. No sabíamos qué podía ocurrir en el futuro.

Al amanecer del siguiente día, tras un ligero desayuno, emprendimos la marcha.

Llevábamos sendas mochilas con algo de comida y una cantimplora con agua. En este aspecto, Blackaboor debía de estar bien surtida; de lo contrario, Pendrall no se hubiese atrevido a concentrar allí a varios millares de personas.

La distancia de nuestro fondeadero a la cima de la montaña era de unos seis kilómetros. Dada la naturaleza del terreno y la abundancia de vegetación, aparte de que era necesario caminar en cuesta arriba casi todo el tiempo, tardamos unas tres horas en llegar a la cima, situándonos en el pico gemelo del lado Oeste.

Dejé el rifle en el suelo. ¿Es necesario decir que iba armado?

Las fuerzas físicas y mentales de aquellos seres podían ser mayores que las mías, pero no detendrían una bala de rifle. Lo único que deseaba era no tener que usar el arma..., pero me sentía mucho más tranquilo percibiendo su peso en la mano.

Lola llevó un par de prismáticos. Yo tenía el largavista.

Nos tendimos en el suelo, tras haber buscado un lugar adecuado para la observación. La ciudad de los superhombres estaba allí, a tres kilómetros de distancia.

Ocupaba una enorme extensión. Formaba una especie de cuadrado de casi un kilómetro de lado, con las tiendas multicolores situadas a intervalos regulares. Había sido preciso talar muchos árboles, pero se veía que el bosque había sido aclarado sólo lo necesario.

Un caudaloso riachuelo cruzaba por el centro. Agua no les faltaría, desde luego.

Había doscientas cincuenta tiendas en cada lado del cuadrilátero, situadas en cinco hileras de a cincuenta tiendas cada una. El espacio entre tienda y tienda era suficiente para que no hubiese agobios de ninguna clase.

Con los aparatos ópticos estuvimos observando la ciudad durante mucho rato. Sus habitantes iban y venían apaciblemente, vestidos con ropas ligeras, que cubrían solamente lo más imprescindible. Todos eran jóvenes y bien parecidos, cualquiera que fuese el color de su piel.

—Me pregunto una cosa —dijo Lola de pronto, rompiendo el largo silencio en que habíamos caído.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Todos los que están ahí son jóvenes. Su edad está comprendida entre los dieciocho y veintitrés años, más o menos. ¿Por qué no están los de menor edad?

—¿Te refieres a los que nacieron hace ocho, diez o doce años, por ejemplo?

—Sí, a esos mismos, Bill.

—Los que tenemos a la vista son adultos. Han podido abandonar a sus padres sin temor a reclamaciones policiales. Eso no podría hacerlo un chico de diez años, sin movilizar inmediatamente a toda la policía de un país.

—Puede que tengas razón —convino Lola, mordiéndose los labios—. Entonces, esos que vemos ahí son... «la primera ola».

—Una frase muy adecuada, diría yo —contesté—. La vanguardia de...

—¿De qué, Bill?

—De los que vienen a conquistar el mundo.

—Es posible que hayas acertado con la verdad, Bill —murmuró Lola. De pronto, soltó una exclamación—: ¡Eh, mira! ¡Se están concentrando en la plaza!

Lola tenía razón.

De todas partes afluían jóvenes que, caminando sosegadamente, se dirigían al claro central, de una anchura no inferior a los trescientos metros. Había árboles también allí, pero no impedían los movimientos.

Poco a poco, se fueron juntando todos los habitantes de aquella singular ciudad. No guardaban formalidad alguna; unos se sentaban en la hierba,

otros permanecían en pie y muchos se tendían lánguidamente en el suelo. Al cabo de un cuarto de hora, cesó la concentración.

Un hombre apareció entonces en el centro de la multitud. Lo reconocí en el acto.

—¿Ves a Pendrall? —pregunté.

—Sí, perfectamente —respondió ella.

—Lástima no haber traído un fonocaptor. Así podríamos escuchar lo que dice...

—Tengo una pequeña emisora de radio portátil —dijo Lola.

—Sí, pero ya es tarde para usarla. Si lo hubiéramos sabido, la habríamos suspendido de un árbol y... ¿Eh? ¿Qué está sucediendo?

Las figuras de los jóvenes empezaron a hacerse borrosas. Una niebla de origen inexplicable empezó a envolverles.

Lo curioso era que la niebla parecía surgir de los bordes del claro. En pocos momentos, más de cinco mil personas desaparecieron de nuestra vista.

Lo único que podíamos divisar era una especie de cúpula muy brillante, como de nácar, absolutamente opaca, que no permitía la visión de lo que había bajo ella.

El increíble suceso duró una hora larga, durante la cual permanecimos a la espera, sumidos en la mayor perplejidad. Por fin, la esfera se transformó nuevamente en niebla y la niebla se disipó.

La reunió se deshizo y cada uno de los habitantes se marchó, sin duda para dedicarse a sus ocupaciones habituales. Lola y yo nos sentíamos profundamente desconcertados.

CAPÍTULO XI

Llegó la noche y nuestra desorientación continuaba.

Ninguno de los dos podíamos hallar una explicación lógica para semejante fenómeno. En la pequeña cámara del barco, donde pernoctábamos, debatimos la cuestión durante largo rato.

Lola propuso partir al día siguiente en busca de Jimmy, al que, por cierto, no habíamos conseguido divisar entre la multitud. Yo la disuadí de lo que, por el momento, resultaba todavía una aventura.

—Continuemos observando —dije—. No tenemos prisa alguna. Cualesquiera que sean sus propósitos, no son para llevarlos a cabo inmediatamente. Pendrall ha esperado durante un cuarto de siglo. No va a echar a perder ahora sus planes por precipitarse imprudentemente.

—Entonces, ¿subiremos mañana de nuevo a la montaña, Bill?

—Creo que es lo mejor, a menos que tú sugieras otra solución diferente —respondí.

—No, es mejor continuar observando como dices. A nosotros tampoco nos conviene la precipitación.

A la mañana siguiente, estábamos de nuevo en el observatorio. A una hora aproximadamente idéntica, los habitantes de la ciudad se reunieron de la misma manera en el claro.

Pendrall apareció cuando todos estaban reunidos. A poco, se produjo el fenómeno y el claro quedó oculto por la cúpula.

Consulté mi reloj. Eran las once en punto de la mañana.

—Esta noche iré a la ciudad de lona —dije.

Lola me miró con sobresalto.

—¿Para qué, Bill? —preguntó.

—Recuerda, la emisora de radio.

—Sí, es verdad. Pendrall les habla, pero no sabemos qué les dice. Así podremos escucharle.

En cuanto oscureció, emprendí la marcha. Guiándome por las estrellas, alcancé la ciudad de lona dos horas después de mi partida.

No había vigilantes, lo cual favoreció mis planes. Elegí un árbol próximo al lugar en que se situaba Pendrall, colgué la emisora de radio de una rama, procurando enmascararla bien con el follaje y, tras dejarla en marcha, emprendí el regreso sin ser molestado en absoluto.

Todos dormían, dado lo avanzado de la hora. De pronto, me sorprendió un detalle.

El silencio era absoluto. Esto no era natural.

En una ciudad compuesta por mil lonas, los ruidos que se producen bajo las mismas trascienden fácilmente al exterior. Había cinco o seis mil

personas durmiendo y no se escuchaba un solo suspiro, una respiración fuerte, el ronquido de un solo durmiente, ni una sola tos...

Parecía un cementerio con sepulturas de lona.

Aquello me hizo sentir un escalofrío de miedo. Pero, al mismo tiempo, mi curiosidad se avivó.

Me acerqué a la primera tienda que me salió al paso. El trozo de lona que servía para cubrir la entrada estaba levantado, dada la benignidad del clima.

Dentro de aquella tienda no se percibía la respiración de sus habitantes. ¿Estaba vacía?

Miré a derecha e izquierda. En caso de peligro, tenía fácil la retirada.

Encendí una cerilla. Me bastó con un segundo de luz.

Había seis jóvenes, tres parejas de ambos sexos. Todos estaban tendidos sobre sendos colchones neumáticos, rígidos, inmóviles como estatuas, los brazos tendidos a lo largo del cuerpo.

Me acerqué a uno de ellos y le toqué la piel desnuda de un brazo. Estaba tibia, lo que indicaba vida.

Luego le puse la mano sobre el pecho. Al cabo de un minuto largo, percibí un latido de su corazón. El pecho se levantó muy lentamente pasados casi tres minutos.

Salí de la tienda envuelto en un mar de confusiones. ¿Era aquella una manera lógica de dormir, sumidos todos en un estado similar a la catalepsia?

De pronto, sentí miedo, un miedo que me llegaba al tuétano de los huesos. Sin poder evitarlo, eché a correr como un loco.

Mi vuelta me costó la mitad del tiempo empleado a la ida. Antes de la una, ya estaba de nuevo en la barca.

Lola me aguardaba levantada. Debió de ver algo raro en mi cara, porque se puso en pie de un salto, vivamente alarmada.

—¡Bill! ¿Qué te ocurre? —exclamó.

—Dama una copa, por favor. La necesito —pedí.

Ella me la sirvió en el acto. Después de un par de tragos de licor, me sentí un poco más reconfortado.

—¿Te han perseguido? —preguntó ella.

—No. Nadie me ha visto. Coloqué la emisora en el lugar más cercano al que se sitúa Pendrall. Puse el micrófono al máximo de sensibilidad...

—Entonces, ¿qué es lo que te ha asustado? Traías la cara desencajada...

—Lola, allí sucede algo horrible —dije.

Y le conté lo que había visto.

Ella se dejó caer sobre una banqueta.

—Es horrible, horrible —murmuró—. Pero, ¿por qué hace eso Pendrall?

—No puedo decírtelo —contesté—. Mañana, tal vez, sepamos algo.

De pronto, sentimos una ligera vibración en el suelo de la nave. No le dimos la menor importancia, creyendo se trataba del oleaje en la costa. Teníamos otras preocupaciones en qué pensar en aquellos momentos.

—Sí —convino Lola—, mañana sabremos algo. Nos llevaremos el receptor y...

A la hora de costumbre, tras una noche de insomnio, nos hallábamos de nuevo en la cumbre de la montaña.

Permanecimos en silencio. Entonces, percibimos de nuevo aquella singular vibración.

—El suelo se mueve, Bill —dijo Lola quedamente.

—Tal vez —admití—. Estamos en zona sísmica.

—Volcánica.

—El volcán está apagado hace decenas de miles de años.

—Puede haber fuego a varios kilómetros bajo la superficie. Los movimientos, internos se propagan fácilmente a la corteza terrestre.

—En todo caso, esos movimientos se producen a gran profundidad. No hay que temer un posible terremoto —tranquilicé a la muchacha.

El tiempo pasó lentamente. Una vez más, se produjo la misma ceremonia de días anteriores.

El micrófono de la emisora captaba fácilmente los menores sonidos. Oíamos retazos de conversaciones, charlas, risas... Era gente joven y, en apariencia, sin preocupaciones.

Pendrall apareció puntualmente. Los sonidos cesaron.

Nació la niebla y se convirtió en cúpula opaca.

Y nosotros nos quedamos sin oír nada.

—¡Es imposible! —exclamé.

—Algo ocurre, en efecto —admitió Lola.

—Hay dos posibilidades —dije—. Una, que hayan descubierto la radio.

—Puede ser. No obstante, ¿no la colocaste bien escondida?

—Pendrall es muy astuto. Otra posibilidad es que se dirige a ellos telepáticamente.

—Olvidas o no citas una tercera posibilidad —dijo Lola.

—¿Cuál? —pregunté.

Ella me señaló con la mano la cúpula.

—Si impide la propagación de los rayos visuales, ¿no impedirá también la propagación de los sonidos?

—No hay sonidos sino hasta una distancia determinada —manifesté—. Las palabras de Pendrall deben transmitirse a través de las ondas hertzianas.

—Pero algo impide su propagación. No puede ser otra cosa que la cúpula, Bill.

—Sí, pero ¿qué es lo que produce esa cúpula? ¿Como la fabrican?

Nos miramos a los ojos en silencio.

Ambos, sin necesidad de palabras, sabíamos cada uno lo que pensaba el otro.

Y no éramos telépatas.

Por lo menos, yo. De eso estaba, y estoy, seguro. Ella, Lola...

—Tenemos que ir a la ciudad de lona —dije.

—Sí, Bill —asintió ella.

—Hay cinco o seis mil personas. Podemos..., puedes pasar fácilmente desapercibida entre ellos. Yo... bueno, para mí, la cosa no es tan fácil. Mira.

Y me toqué las sienes, donde ya tenía algunas canas.

—Hay un remedio. Aféitate bien apurado y date pintura negra en las sienes, del repuesto de la barca —me aconsejó Lola—. Algunos años te quitarás de encima y, por otra parte, me da la sensación de que esos chicos no se preocupan mucho de los demás.

—Lo que sí me preocupa es que alguno de ellos trate de leer nuestros pensamientos —dije.

—Tenemos que correr el riesgo, aunque me parece que lo salvaremos bien, sin apuros.

—¿Por qué dices eso, Lola?

—Fíjate en una cosa, Bill. Todos son telépatas. Imagínate que estás en un salón público, un restaurante por ejemplo. ¿Alargas el cuello para escuchar lo que dicen tus vecinos de mesa? No, es mala educación, claro. A menos que tengas algo que decirles, no les dirigirás la palabra y viceversa, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego...

—Pues lo mismo tiene que suceder aquí. Debe de ser de mala educación penetrar en la mente de otro telépata, a menos que desees conversar con él.

—Pero, ¿y si alguno nos dirige, la «palabra»? Mental, por supuesto.

—Le contestamos de viva voz. Yo he visto que muchos hablaban normalmente. Y tú también lo has podido apreciar por medio de la radio.

—Sí, es cierto —convine pensativamente—. En fin, la suerte está echada. Mañana...

Al amanecer me afeité con todo esmero. Por la noche, me había pintado las sienes. Tuve que dormir fuera de la barca, para no manchar las ropas de la litera. Por fortuna, era pintura de secado rápido y eso obvió los inconvenientes.

Lo único que me disgustaba era tener que dejar el rifle. El sentimiento de la autodefensa al penetrar en un terreno desconocido, es un atavismo del que el hombre no se ha podido desprender todavía.

Pensé en llevarme una pistola, pero si aquellos seres veían a través de

los cuerpos opacos, ¿de qué podía servirme el arma?

¿Y si me la quitaban de las manos con sólo pensarlo?

Me gustase o no, debía ir desarmado.

Vestido con una camisa floreada, pantalones cortos y unas sandalias, parecía, efectivamente, unos años más joven. No muchos, por supuesto.

En cambio, la que estaba encantadora era Lola. Llevaba un ceñidor y unos minúsculos pantaloncitos, que dejaban ver una espléndida figura de piel dorada por los largos días de navegación. Era alta y bien proporcionada; pasaría fácilmente por uno de «ellos».

Antes de emprender la marcha, me miró y sonrió.

—¿Miedo, Bill?

—Un poco, pero... ya que estamos aquí, es preciso hacerlo.

Lola me entregó su mano.

—Sí, es preciso hacerlo —contestó con voz sosegada.

Y echamos a andar.

CAPÍTULO XII

Una vez, Lola tiró de mí y me arrastró lejos del riachuelo poco menos que a la fuerza. Había unas chicas bañándose alegremente y... bueno, parecían unas ninfas del bosque. Lola, toda colorada, me miró reprobadoramente.

—Lo siento —dije—. La cosa surgió tan de imprevisto...

—Cuidadito —contestó ella—. Leen tus pensamientos.

—Yo no soy telépata —rezongué—, pero puedo decirte fácilmente en qué pensaban esas muchachas, que parecían ninfas mitológicas.

—En algún sátiro, seguro.

—No. En lo bien que lo están pasando aquí —contesté.

Y era verdad. El ambiente seducía, invitaba a quedarse allí toda la vida.

Poco después, alcanzamos la ciudad de lona.

Paseamos entre las tiendas, aparentando indiferencia. Nadie se fijó en nosotros ni, mucho menos, en nuestro atavío. Allí, cada uno vestía como mejor le parecía.

Percibimos ligeros temblores del suelo en un par de ocasiones. Ellos, que yo viera, no hacían caso de los movimientos de la corteza terrestre.

Buscamos incesantemente a Jimmy. Llegamos a dudar de que estuviera en Blackaboor.

De pronto, Lola me agarró nerviosamente por el brazo.

—Bill —dijo en voz baja—, allí está.

Seguí con la vista la dirección de su mirada. Sí, Jimmy y Rosita estaban allí.

Se hallaban sentados al pie de un árbol, él con la espalda apoyada en el tronco, ella reclinada en su pecho, componiendo una estampa de singular atractivo. Rosita parecía sumamente feliz de sentirse en los brazos de su esposo.

Dominando nuestra emoción, nos acercamos a la pareja con paso mesurado. Ellos no nos advirtieron hasta que yo pronuncié el nombre del muchacho:

—Jimmy.

Rosita abrió los ojos. Jimmy nos miró como si fuéramos fantasmas.

—Doctor —murmuró.

—Hola, primo —dijo Lola.

Rosita se desprendió de los brazos de su esposo y, como él, se puso en pie vivamente.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Jimmy.

—Curiosear —respondí.

Jimmy frunció el ceño.

—No tienen derecho a estar aquí —gruñó.

—¿Por qué? ¿Hay alguna ley que lo impida? —preguntó Lola agresivamente.

—La isla es del doctor Pendrall. Ustedes no son sus invitados.

—Somos náufragos que pedimos la ayuda de nuestros semejantes —dije con todo descaro.

—Puede resultarles peligroso.

—¿Piensas matamos con el poder de tu mente, Jimmy?

El muchacho vaciló.

—Doctor, le aprecio infinitamente. Tú, Lola, eres mi prima y conservo hacia ti un gran afecto, a pesar de tu cabeza hueca. Les recomiendo que abandonen la isla cuanto antes. No es conveniente que sigan aquí ni un minuto más.

—¿Estorbamos vuestros planes? —preguntó Lola.

Rosita miró a su esposo. Jimmy volvió la cabeza hacia ella.

Ambos se «hablaban» telepáticamente. Jimmy se dirigió de nuevo hacia nosotros.

—Rosita dice también que se vayan —expresó en voz alta.

—Esto parece una maquinaria perfecta —observé—. Nosotros somos, naturalmente, el granito de arena que va a pararla.

Jimmy sonrió desdeñosamente.

—Si no le apreciase tanto, doctor, diría que está loco. Nadie puede detenernos ni interferir nuestros planes.

—¿Lo ves? —exclamó Lola—. Por la boca muere el pez, Jimmy. Tú mismo has corroborado nuestras suposiciones. Os habéis trazado unos planes... unos planes infernales. Dominar al mundo, apoyándoos en vuestros fabulosos poderes, ¿no es cierto?

Jimmy se puso rígido.

Lola había dado en el blanco.

—Tiene razón tu prima —dije—. Podéis prever el futuro y estáis, por tanto, en condiciones dé anticiparos a cualquier acontecimiento y desviarlo o anularlo si os conviene.

»Adivináis el pensamiento y ello os servirá para penetrar en la intimidad de las personas y así conocéis lo que pasa en sus mentes, pudiendo evitar fácilmente cualquier movimiento que hicieran contra vosotros o, simplemente, no conveniente para vosotros.

»Veis a través de los cuerpos opacos y eso os pone en unas condiciones de superioridad sobre nosotros realmente inimaginables. ¿Qué secreto oficial o particular habrá guardado en lo sucesivo?

»Y, por último, poseéis la facultad de la levitación o teleportación, telequinesis dicen otros. Tanto da; tú, Jimmy, me levantaste una vez a un metro del suelo, con el sillón de mi despacho. ¿Quién me asegura que no

seas ya capaz de trasladarte a ti mismo, instantánea o casi instantáneamente, a cualquier parte del globo?

»Lo que he dicho —proseguí—, puede ser aplicado exactamente a cada uno de los superseres que están aquí. Esas cualidades, multiplicadas por mil, diez mil, ¿quién sabe si cien mil en un futuro no demasiado lejano? acabarán produciendo la mayor catástrofe de cuantas la humanidad ha padecido en el pasado.

»Una catástrofe incruenta, pero no por ello menos desastrosa, porque vuestras ansias de poder no conocen límites y acabaréis por dominarnos a todos, con un yugo de una pesadez y una humillación realmente agobiantes y al cual nadie podrá poner fin —terminé.

Cuando hube acabado de hablar, Jimmy estaba muy pálido. Rosita, a su lado, me miraba fijamente.

Lola se agarró a mi brazo de manera instintiva, como si temiera una reacción ofensiva de Jimmy.

Hubo una larga pausa de silencio y luego, Jimmy dijo:

—Sus facultades mentales, doctor, son normales, pero parece como si fuese uno de nosotros. ¿Cómo ha adivinado tan exactamente nuestros propósitos?

—Empleando la deducción, simplemente —contesté—. Claro que no hubiese podido hacerlo, si no te hubiese conocido.

—Pero usted no podía saber que éramos tantos —alegó el muchacho.

—Están los archivos, del doctor Pendrall —aclaré.

—Y usted estuvo hurgando en ellos.

—Me preocupa por ti. Soy amigo de tus padres, no lo olvides.

—No lo olvido, doctor —aseguró Jimmy—. Por dicha razón, le pido que se vaya de la isla.

—Eres, y tu esposa también, un juguete en manos de Pendrall —manifesté—. Abandona la isla con tu esposa. Vuelve al mundo normal, Jimmy. No dejes que un hombre ambicioso te convierta en su esclavo, prometiéndote ser el amo de muchos esclavos más.

Jimmy sacudió la cabeza.

—No —contestó—. Tenemos una misión que realizar. La tarea es ardua, larga, fatigosa, pero la cumpliremos. No queremos el dominio del mundo por nosotros mismos, sino por ustedes, los... normales.

»Con nosotros en la cúspide, se acabarán las guerras, las disensiones, las especulaciones, las escaseces... reinará una paz absoluta, nadie será más que el otro y todos serán iguales y a nadie le faltará lo más elemental en todos los sentidos: comida, techo, justicia, instrucción...

Solté una risa burlona.

—¡Programas como ése han sido anunciados desde hace cientos de años por todos los políticos y nadie los ha cumplido jamás! —dije

sarcásticamente—. Jimmy, si en realidad es ese vuestro propósito, no lo hagáis público; la gente es muy escéptica en materia de políticas.

—¡Pero es que nosotros cumpliremos todos los términos de ese plan! —protestó el muchacho indignadamente.

—¿Y habrá igualdad?

—Sí.

—Estás mintiendo, Jimmy.

El muchacho se puso colorado.

—¡Doctor!

—Sí, estás mintiendo, porque si vosotros pensáis ser la «élite» de ese mundo utópico que me has anunciado, ya no habrá igualdad. ¿Cómo vais a ser iguales a nosotros, si querréis dominarnos como amos y no como gobernantes elegidos por nosotros mismos?

»Sois humanos, pese a esas cualidades prodigiosas que os convierten en seres supranormales. El orgullo, la ambición, la envidia, las rencillas, los odios... todos esos sentimientos, a la larga o a la corta, crecerán y se desarrollarán entre vosotros, posiblemente aún más exacerbados. Y es muy posible que, con vuestras facultades, el conflicto que estalle, en lugar de salvar a la humanidad, como pretendéis, acabe destruyéndola.

—¡Eso no sucederá, doctor! —exclamó Rosita.

Miré a la chica. Otra embaucada por Pendrall.

Y como ella, miles de jóvenes que se habían reunido en la isla con ese objeto, así me parecía a mí, de recibir las instrucciones finales.

—Desgraciadamente, me siento pesimista al respecto —afirmé—. Jimmy, tú eres un muchacho sensato. No te abandones en manos de Pendrall...

Jimmy meneó la cabeza.

—Lo siento, doctor. Tenemos una misión que cumplir —dijo—. Usted no nos comprende, no puede comprendernos; no es uno de nosotros... no ve las cosas del mismo modo que las vemos nosotros. Le falta el poder de la clarividencia, la facultad de penetrar en las mentes de los demás... Ello le convierte en un ser inferior y le impide encarar el problema de la manera que lo hacemos nosotros. Rosita y yo seguiremos en la isla —concluyó.

—¿Lo ves? —dije amargamente—. Hablas de igualdad... y ya me calificas de ser inferior. ¿Cómo quieres, pues, que tenga confianza en los buenos resultados de lo que podríamos llamar vuestra gestión para dirigir y gobernar este mundo?

—Seremos justos.

—No se puede ser justos cuando al gobernado se le califica de ser inferior.

—¿Acaso pretenden ser iguales a nosotros? —intervino Rosita orgullosamente.

Miré a la muchacha—

—Dígame, señora Beand —era preciso tener en cuenta que era la esposa de Jimmy—, las leyes de cualquier país civilizado permiten que una persona con condiciones y aptitudes, y que lo desee, además, puede acceder a puestos de gobierno y responsabilidad, incluso a los más elevados. ¿Permitirán ustedes que uno cualquiera de nosotros, un ser normal, pueda llegar un día a formar parte del gobierno que ustedes piensan establecer?

Rosita se mordió los labios. Jimmy frunció el ceño.

Yo sonreí.

—¿Lo ves, Jimmy? La pretendida igualdad de que has hablado no rezará con nosotros. Sólo habrá igualdad entre vosotros... pero también ficticia, porque estaréis bajo el poder de alguien superior a todos: el doctor Pendrall.

Después de aquello, hubo una corta pausa de silencio, quebrada por Jimmy, quien dijo:

—Doctor, Lola, les ruego abandonen la isla. Se lo pido en nombre de la amistad que nos unió en el pasado.

—Yo me iré, puesto que no puedo luchar con todos vosotros —contesté —. Pero Lola se quedará.

—¿Por qué? —preguntó la aludida, llena de extrañeza.

—Por la sencilla razón de que eres uno de «ellos» —dije.

CAPÍTULO XIII

Hubo un unánime movimiento de asombro en mis tres interlocutores después de aquella sensacional declaración.

Luego, Jimmy exclamó:

—¡Eso es imposible, doctor!

—Ella es una «inferior» —gritó Rosita.

—¡Bill! ¿Cómo puedes decir de mí una insensatez semejante?

Miré a Lola, que era la última que había hablado.

—Lola, querida, ¿recuerdas aquella lista de once nombres que te facilité para que investigaras su paradero? —pregunté.

—Por supuesto. Pero...

—Obtuve aquellos nombres de otras tantas fichas halladas en el despacho de Pendrall. Había otra ficha más con los nombres de tu madre y el tuyo.

Lola se puso una mano en la boca.

—No, Bill, no me digas una cosa semejante...

Asentí varias veces con la cabeza.

—Te lo he ocultado hasta ahora, pero ha llegado el momento de que lo sepas. Tal vez en ti no se han desarrollado aún las prodigiosas facultades que poseen Jimmy, Rosita y los demás, pero no cabe la menor duda de que el doctor Pendrall trató a tu madre, cuando esperaba tu nacimiento.

—¡Sería horrible! —dijo Lola—. Yo no quiero ser como... «ellos».

—Eso es algo que ya no se puede evitar —contesté.

Rosita dio un paso y se acercó a Lola.

—No te arrepentirás —dijo—. Entrarás en un mundo nuevo, lleno de inmensas posibilidades... Cuando sepas lo que sabemos nosotros, cuando poseas nuestras cualidades, te asombrarás tan sólo de recordar en que eras una persona apenas más inteligente que un animal. Entonces, lamentarás no haber llegado antes a esta situación...

Lola retrocedió, mientras la miraba furiosamente.

—¡Yo no quiero ser un monstruo! —exclamó con ira—. Porque eso es lo que sois vosotros, monstruos, que...

Jimmy alzó la mano, interrumpiéndola bruscamente.

—Calla, Lola —dijo—. Ya no está en tu mano evitar el futuro, sino resignarte a lo que haya de ocurrir. Doctor, usted puede marcharse...

—Yo me iré con él —aseguró Lola—. Por nada del mundo me quedaría en esta isla poblada de monstruos.

En aquel momento, la gente empezó a reunirse. Jimmy dijo:

—Terminaremos la discusión después. No les delataremos, pero tienen que prometerme que se irán apenas haya terminado el doctor su... su...

—¿Por qué te interrumpes, Jimmy? —pregunté irónicamente—. ¿Es que te da miedo declarar lo que os hace Pendrall, vuestro amo?

Jimmy me lanzó una mirada furiosa. Lo único que dijo fue:

—Será mejor que se sienten en el suelo. Así pasarán mejor desapercibidos.

Lola hizo un movimiento de cólera, pero yo la contuve, agarrándola por un brazo. Hice que se sentara en el suelo y luego me acomodé a su lado.

Pendrall apareció un minuto después. Se situó a menos de veinte metros de nosotros y, con teatrales ademanes, levantó los brazos.

Cinco o seis mil muchachos de ambos sexos inclinaron gravemente la cabeza y parecieron concentrarse en sí mismos, en medio de un silencio absoluto.

Debajo de nosotros, el suelo vibró largamente. La niebla nos envolvió y se transformó en una bóveda brillante, opaca, pero que no ocultaba por completo la luz del día.

Estábamos sumidos en una penumbra de agradables y cambiantes tonalidades. Miré fijamente a Pendrall y le vi sonreír de un modo infernal.

Estoy seguro de que para Jimmy y los demás, Pendrall debía de aparecérseles como en éxtasis. A mí me pareció que era el diablo en persona.

¿Qué les dijo a los supranormales?

No habló, se comunicaba con ellos telepáticamente. Sin embargo, estoy seguro que, bajo aquella bóveda, su poder se concentraba enormemente y aumentaba todavía más su dominio sobre aquellos pobres chicos, conducidos hasta Blackaboor desde mucho antes de que nacieran.

Un tipo astuto e inteligente, el tal Pendrall, hay que reconocerlo.

El silencio duró casi una hora. No sé cómo pude aguantarlo, sin gritar.

Lola, a mi lado, permaneció increíblemente quieta.

La miré con frecuencia; no daba la sensación de ser receptiva al discurso mental de Pendrall.

Jimmy, Rosita y los demás, aparecían como en éxtasis, absolutamente inmóviles, aunque respirando de una manera normal. Ninguno de ellos parecía estar sumido en el estado cataléptico en que yo los había visto dos noches antes.

Durante su «discurso» mental, Pendrall se comportó de una manera más bien rara. Digo rara, mirándolo bajo el punto de vista de uno de aquellos superhombres. Se fumó un par de cigarrillos con toda tranquilidad, una vez despareció en una de las tiendas y le vi salir de ella limpiándose los labios con el dorso de la mano...

Y Jimmy y los demás seguían creyendo que Pendrall estaba en éxtasis como ellos.

Al cabo de casi una hora, Pendrall movió los brazos y la cúpula se

deshizo en niebla, que se disipó en pocos minutos.

Parte de la niebla cayó sobre mí.

Hice una mueca. No era niebla propiamente dicha, sino finísimo polvillo mineral. ¿De dónde había salido?

Empezaron a oírse voces y risas. La reunión se disolvía, como de costumbre.

Miré a Lola. Estaba muy pálida y su pecho se agitaba con fuerza.

Entonces, Pendrall, inesperadamente, se acercó a nosotros.

—Bienvenidos a Blackaboor, doctor Tell, señorita Greene —dijo.

Lola y yo nos pusimos en pie.

Jimmy trató de interceder por nosotros.

—Doctor Pendrall, deje que le explique...

Pendrall alzó una mano con gesto suave.

—Es inútil, Jimmy —le atajó—. Lo sé todo, no es necesario que te disculpes. Ya arreglaremos este asunto más tarde. Mientras tanto, ¿quieren acompañarme, doctor, señorita Greene?

Tomé a Lola por un brazo.

—Sí, vamos —dijo ella resueltamente—. Yo necesito que usted me aclare algunas cosas, doctor Pendrall.

El galeno sonrió.

—Creo que la entiendo, señorita —dijo—. Síganme, por favor.

Miré a Jimmy.

—No olvides lo que te dije antes —le recordé.

Jimmy permaneció impasible. Lo único que hizo fue pasar el brazo por los hombros de su esposa.

Momentos después, Pendrall, Lola y yo estábamos bajo la lona de una tienda espaciosa, instalada con un lujo que parecía ofensivo en comparación con el mínimo de comodidades de que disfrutaban aquellos muchachos.

Pendrall notó mis miradas al decorado y se echó a reír.

—Me agradan las comodidades, doctor —dijo—. Es algo que no puedo evitar. ¿Una copa?

—Venga esa copa —contesté resueltamente.

—A ver si está envenenada —dijo Lola con maligno acento.

—Mi querida señorita Greene —sonrió Pendrall—, ¿me cree usted capaz de recurrir a un medio tan ínfimo para eliminar a una persona?

—Le creo capaz de muchas cosas —contestó ella hostilmente—. Sobre todo, después de lo que he visto.

—Pero sin oír nada, claro.

Pendrall había llenado dos copas y me ofreció una.

—Han demostrado ser muy inteligentes viniendo aquí —dijo, mientras contemplaba su copa al trasluz—. Es obvio que estuvieron haciendo


investigaciones, pero de nada les servirán todos sus esfuerzos.

—¿Piensa matarnos, doctor? —pregunté.

—La palabra resulta un poco fuerte —contestó Pendrall—. Digamos mejor suprimir un obstáculo.

—¿Tanto nos teme? —exclamó Lola burlonamente.

—Ustedes son una interferencia en la buena marcha de... mi negocio. A nadie le gusta tener un aparato de radio, por ejemplo, con interferencias. Las suprime y entonces oye bien la música.

—Usted debe de escuchar unos conciertos fabulosos —dije irónicamente.

—Sí —admitió Pendrall sin inmutarse—; el concierto de seis mil mentes que obedecen a la mía.

—Las mentes de sus esclavos.

—¿Por qué no aceptar las cosas tal como son? Ésta es la culminación de mis trabajos, el final de una labor que ha durado medio siglo, aunque, en realidad, puede decirse que he empezado hará unos veinticinco años. Pero es que los veinticinco anteriores fueron dedicados a la preparación de lo que iba a suceder durante el cuarto de siglo siguiente.

—Y... ¿qué iba a suceder en ese cuarto de siglo? —preguntó Lola.

—¿Es que no lo están viendo? Ahí tienen a seis mil muchachos de ambos sexos. Ni yo mismo puedo acelerar los procesos de crecimiento. He tenido que esperar a que se desarrollasen y se convirtiesen en adultos.

—Que ahora le obedecen ciegamente —dije.

Los ojos de Pendrall emitieron un fulgor demoníaco.

—No se trabaja y se espera durante medio siglo para nada —dijo—. Cuando empecé, me había forjado un plan. Lo he seguido al pie de la letra. Se cumplirá puntualmente tal como lo tracé hace cincuenta años.

Lola se, sintió aterrada.

—Entonces, usted tiene más de... cuarenta... sesenta...

Pendrall asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Exactamente, ciento dos años, señorita —confirmó.

Era increíble.

Las primeras noticias que habíamos tenido de Pendrall, cuando atendió a Marianne Beand y a la señora Marín, hablaban de un hombre de unos cuarenta años. Teóricamente, debía de tener ahora sesenta y pocos.

Él afirmaba que tenía ciento dos años. Pero su aspecto seguía siendo el de un hombre de cuarenta, vigoroso, fuerte, saludable físicamente.

—¿Ha descubierto usted la fuente de la eterna juventud, que Ponce de León no pudo hallar? —pregunté.

—Algo por el estilo —contestó Pendrall—. Sin embargo, no pude hallar la droga que me confiriera algunos de los poderes que poseen mis muchachos. Soy telépata, pero a escala moderada. Ellos, en ese sentido, me

superan infinitamente.

—Pero usted los domina con la mente.

—Sí, debo admitirlo. Sin embargo, carezco de su facultad de predecir el futuro, de ver a través de los cuerpos opacos y de la teleportación. Esas facultades nacieron ya con ellos y se desarrollaron con el paso de los tiempos, a medida que su mente adquiría un mayor desarrollo.

»En realidad, cuando crecían físicamente, se daban cuenta de sus poderes, acaso de una forma subconsciente, pero que les impulsaba así mismo a esforzarse en su propio desarrollo. Así han llegado al punto en que están...

—Listos para salir y dominar al mundo, pero bajo sus plantas —le interrumpió Lola.

—¿Podría ser de otra forma? —preguntó Pendrall burlonamente.

—Aclaremos la cuestión de una vez, doctor —dije—. ¿Cómo es posible que tenga usted ciento dos años y siga manteniéndose con un tan saludable aspecto físico?

De nuevo vi aquel curioso centelleo en los ojos del científico.

—Empecé siendo muy joven —contestó—. Mis investigaciones, desde un principio, fueron encaminadas a prolongar la vida de las células. Cuando al fin, hallé un producto que respondía a todas mis exigencias, me di cuenta de que divulgar su existencia o guardarlo para mí solo, no satisfacía por completo mis anhelos.

»Investigaciones colaterales me hicieron hallar determinados productos que influirían en la mente humana, a través de la herencia. Ese desarrollo del cerebro no podía lograrse externamente, sino que ya tenía que nacer con el individuo...

—Y aplicó el tratamiento a las madres —exclamó Lola.

—En efecto. Las pruebas de laboratorio habían dado resultados sorprendentes. En los animales de mis experimentos, el aumento de su inteligencia había resultado sensacional.

»Pero a mí no me interesaba aumentar la inteligencia de los seres irracionales, sino la de los racionales. Lo conseguí al fin, a fuerza de paciencia y de tesón... Oh, cuando tuve las primeras noticias acerca de la precocidad de los niños como Jimmy y Rosita y Ann K'Tamo y Amina... y muchos otros, creí morirme de alegría. ¡Mi plan estaba en vías de cumplirse!

—Un plan diabólico —dijo Lola sin abandonar su tono hostil.

—Mi querida señorita Greene —contestó Pendrall—, todo depende del bando en que uno se encuentre.

—Usted pertenece al bando de quienes pretenden esclavizar la humanidad y erigirse en sus dueños —dije yo.

Pendrall sonrió cínicamente.

—No, yo no pertenezco a ese bando, contra el cual no habrá fuerza humana capaz de contrarrestar sus actuaciones. Yo... simplemente, lo dirijo.

Era una declaración aterradora.

Confirmaba mis hipótesis.

Jimmy y los demás dominarían al mundo.

Y Pendrall dominaría a Jimmy y a todos sus compañeros.

¿Puede concebirse algo más espantoso?

CAPÍTULO XIV

Pendrall se gozaba en nuestro estupor, que tenía no poco de miedo.

—La única facultad que conseguí desarrollar —agregó—, es la de la telepatía. Bien desarrollada, todo hay que decirlo. Así me puedo comunicar instantáneamente con cualquiera de ellos, no importa el lugar donde se encuentre en el momento de la comunicación.

—Y darle órdenes —dije.

—Sí, justamente. Ellos gobernarán el planeta y yo los gobernaré a ellos.

—¿Qué les dice cuando los sume en ese trance hipnótico en que los hemos visto hace poco? —preguntó Lola.

—Nada —contestó Pendrall.

—¿Nada? —repetí.

—¿Qué podría decirles, que ya no supieran?

—Entonces, no comprendo los motivos de esta concentración —manifesté.

—Estimo que deben pasar unos meses juntos —aclaró Pendrall—. Si van a gobernar al mundo, deben conocerse, tratarse, establecer lazos amistosos, afectivos, compenetrarse... que sepan que ellos serán los futuros rectores de un mundo que necesita un cambio radical.

—A beneficio suyo, por supuesto.

—¿He de negarlo? —sonrió Pendrall descaradamente.

—Y ellos están conformes —dijo Lola.

—¿Cómo no podrían estarlo, si les he presentado un porvenir maravilloso? Dentro de unos meses, se esparcirán por el planeta y darán comienzo a su plan de acción. Antes de diez años, la Tierra será nuestra.

—Suya, doctor, no sea modesto —le corregí.

—Como quiera, Tell —contestó Pendrall—. Naturalmente, ustedes no lo verán... bajo su aspecto actual, en el mejor de los casos.

—Claro, piensa matarnos... —dijo Lola.

Pendrall meneó la cabeza.

—Ya he dicho antes que es una palabra muy fea —expresó—. Simplemente, les eliminaré.

—¿Podemos saber cómo lo hará, al menos? —pregunté yo.

Pendrall me miró fijamente.

—He traído mi laboratorio completo. Está instalado en una gran cueva que hay bajo la montaña. Ha llegado el momento de que compruebe una cosa por la que siento una viva curiosidad desde hace muchos años.

—Dígala, doctor; nosotros nos morimos de curiosidad —habló Lola irónicamente.

—Cirugía —declaró Pendrall lacónicamente.

Yo me puse pálido. Lola estuvo a punto de desmayarse.

—¿Quiere convertirnos en superseres por medios quirúrgicos? —pregunté, al cabo de unos segundos.

—Voy a intentarlo, al menos, doctor Tell —dijo Pendrall.

—¿Y si fracasa? —preguntó Lola.

Pendrall se encogió de hombros.

—En mi laboratorio han muerto miles de cobayas —contestó significativamente.

—¡Pero usted no puede hacer eso con nosotros!

La protesta era de Lola, llena de una lógica vehemencia.

Pendrall sonrió.

—¿Quién me lo va a impedir?

En aquel momento, lamenté no haber traído conmigo la pistola. Le hubiera pegado cuatro tiros, sin vacilar.

Pendrall pareció adivinar mis pensamientos. ¿O los adivinó, realmente?

—No, doctor, no podrán hacer nada conmigo —dijo—. Todo conato de resistencia será inútil.

—Usted no puede convertirnos en unos idiotas, si la operación fracasa, sólo porque ahora se le antoje realizar esos experimentos con nosotros —dije yo.

—Es el riesgo que deben correr. Pero, si triunfo, cosa de la cual estoy razonablemente seguro, pertenecerán ustedes a una nueva raza, ante la cual se abren infinidad de posibilidades.

—Un momento —exclamé—. La señorita Greene pertenece ya a esa raza. Usted trató a su madre cuando...

Pendrall sacudió la cabeza.

—En aquel tratamiento existía, y existe, por supuesto, un ínfimo porcentaje de fracasos. Un uno por mil o cosa así. La señorita Greene es un ejemplo palpable de esos fracasos.

Respiré aliviado. Me agradaba que Lola fuese una mujer enteramente normal, que no fuera uno de «ellos».

—Lo conseguiré —dijo Pendrall—. No sentirán nada, por supuesto; cuando se despierten...

—Si dejamos que nos duerma, claro —le interrumpió Lola.

De pronto, levantó su mano. Sus ojos parecieron convertirse en dos focos que irradiaban una luz potentísima: y parecía taladrar el cerebro.

Lola y yo quedamos rígidos como estatuas. No podíamos realizar el menor movimiento.

La luz de los ojos de Pendrall desapareció. Entonces, nos hundimos en una noche profundísima y silenciosa.

* * *

Desperté tendido sobre un cómodo diván. Abrí los ojos y, durante unos momentos, traté de rememorar lo ocurrido.

No tardé en situarme de nuevo. Pendrall nos había hipnotizado.

Pero no estábamos bajo su tienda. Miré a mi alrededor con asombro y pude darme cuenta de que nos hallábamos bajo las rocosas bóvedas de la cueva que nos había anunciado aquel científico demente.

Lola dormía apaciblemente en un diván próximo. Me puse en pie, sin sentir torpor ni envaramiento en mis miembros.

—Por fortuna, el hipnotismo no deja secuelas en el organismo humano —murmuré.

La cueva era enorme. Mediría un cuarto de kilómetro de longitud, por cien metros de anchura y unos cuarenta o cincuenta de altura máxima.

Advertí un ligero olor en el ambiente, pero no reparé demasiado en él por el momento. Mi curiosidad se centraba en lo que había bajo las bóvedas de piedra.

El laboratorio de Pendrall estaba allí, completo, con más aparatos, incluso. En uno de los dos lados de la cueva y protegido por mamparos de cristal, estaba el quirófano, dotado de todos los elementos necesarios.

La biblioteca también estaba allí, así como los archivos. Largas estanterías albergaban centenares de frascos que contenían diversas sustancias químicas.

—Hola —dijo la chica en aquel momento.

Me volví hacia ella. Lola se sentó en el diván y me miró.

—Un buen calabozo, ¿eh, Bill?

—No está mal —convine.

—¿Hay alguna salida?

—Allí, al fondo, me parece haber visto una puerta de hierro —contesté.

—¿Has probado de abrirla?

—No. Apenas hace un par de minutos que me he despertado...

—Bill, me alegro de no ser como «ellos» —dijo.

—Es una cosa que me encanta —contesté, inclinándome para besarla.

Lola no eludió la caricia. Después del beso, nos sentimos mucho mejor.

—Bill, ¿empezamos a planear nuestra escapatoria? —sugirió.

—¿Por qué no? Vamos a examinar la puerta, en primer lugar. Desde luego, lo que no pienso hacer es dejarme operar como un conejillo de Indias.

—Estoy contigo, Bill. Pero, ¿cómo eludiremos la acción hipnótica de ese loco?

—Ya idearemos algo, si no hemos conseguido escapar. Ven.

La tomé de la mano y caminamos juntos en dirección a la puerta. De pronto, observé una delgadísima columna de humo que surgía del suelo.

—¡Hum! —dije.

—¿Qué te pasa, Bill? —preguntó Lola.

Me incliné ligeramente y aspiré con fuerza.

—Gas sulfuroso —dije.

Ahora sabía cuál era el olor que me había chocado en un principio.

—¿Sulfuroso? ¿Es que hay fuentes termales por las cercanías?

—Nada de fuentes termales, querida —contesté—. Grietas en la superficie, por las que penetra el gas que llega de las profundidades del subsuelo.

—Eso indica actividad volcánica, Bill.

—Justamente. ¿No has sentido, como yo, ciertas trepidaciones del suelo?

—Desde luego. ¿Temes...?

—No sé qué decirte; no soy vulcanólogo. Pero, en Londres, me sentiré mucho más tranquilo.

—Si conseguimos escapar...

—Lo conseguiremos —afirmé rotundamente.

Llegamos a la puerta de hierro.

—Imposible abrirla por medios ordinarios —dije, desalentado, tras un rápido examen.

—Por medios ordinarios, no. Pero, ¿y los extraordinarios?

La miré fijamente.

—¿Qué medios, Lola?

—Explosivos.

Hubo una pausa de silencio. Luego, mis ojos se dirigieron hacia las estanterías de los frascos con productos químicos.

—Es posible que tengas razón —convine—. Vamos a ver.

Los frascos, naturalmente, estaban rotulados. Encontré uno que contenía al menos cinco kilos de clorato de potasa.

Era una base para preparar una mina que hiciera saltar la puerta. Lo malo era si nosotros saltábamos también con la puerta.

De pronto, oí ruido de martillazos.

Me volví. Lola había sacado un mazo de no sé dónde y estaba destrozando el quirófano.

—A mí no me meten en esa jaula de vidrio —dijo, encendida por el esfuerzo.

Agarré un frasco que contenía diez kilos de bicarbonato sódico y me acerqué a la jaula de vidrio.

—Aguarda un poco —dije—. Te voy a ayudar.

Lola se apartó a un lado. El frasco voló por los aires y se estrelló con gran ruido contra uno de los paneles de vidrio, que saltó en mil pedazos.

Lola sonrió.

—Gracias, camarada. Tira unos cuantos más, ¿quieres?

—Con mucho gusto.

Agarré dos frascos. Con uno de ellos, rompí otra pared de cristal. Iba a lanzar el tercero, cuando reparé en la sustancia que había en su interior.

—¡Azúcar! —grité.

—Guárdalo para el té —rió Lola.

—Para hacer saltar la puerta —contesté.

Lola se volvió y me miró.

—¿Estás bien, Bill? —preguntó.

—Estupendamente, querida. Clorato de potasa y azúcar. Un fuerte golpe y... ¡boom!, la puerta se va al cuerno.

CAPÍTULO XV

La mina estaba preparada.

El frasco con el clorato y el azúcar, de unos diez kilos de contenido, íntimamente mezclados, estaba situado junto a la base de la puerta.

Sobre el frasco, suspendida por una cuerda, a cuatro metros de altura, había una gran piedra, arrancada a base de golpes de mazo a una cuña. La cuerda pasaba por un saliente rocoso e iba a parar por el extremo opuesto a un piquete que habíamos clavado profundamente en el suelo.

Para provocar la rotura de la cuerda y la subsiguiente caída de la piedra sobre el frasco, había preparado un sistema bien sencillo: un simple reguero de petróleo, extraído de una lata que habíamos encontrado tras una intensa búsqueda. El principio del reguero estaba en el otro extremo de la cueva, donde habíamos formado una barricada que nos protegiera de la onda expansiva.

La labor costó más de lo que parece, pero, al fin, quedó terminada. Entonces, con una cerilla en la mano, miré a Lola.

—¿Preparada? —pregunté.

—Cuando quieras, Bill —contestó resueltamente.

En aquel preciso instante se abrió la puerta.

Contuve la maldición. Era Pendrall.

Lo primero que vio fue su quirófano convertido en una ruina.

—¿Qué han hecho? —gritó.

—Impedir que nos transforme en unos monstruos —contesté, también a gritos, dada la distancia.

La furia se apoderó de él. Enloquecido, echó a correr hacia nosotros.

Yo creo que la ira le cegó momentáneamente. De lo contrario, nos habría hipnotizado. Pero ahora era el hombre normal, que, lleno de cólera, intenta matar a su adversario con sus propias manos.

Aún tenía la cerilla encendida en la mano. La dejé caer sobre el petróleo, que se inflamó bruscamente.

Pendrall corría aún hacia nosotros. Ya había alcanzado la mitad de la cueva.

—¿Qué es esto? —gritó.

—La llave de nuestro encierro, doctor —contesté, agachándome tras la barricada.

Ignoro lo que hizo él en aquellos instantes. Sólo recuerdo un estampido fenomenal, que pareció ensordecernos, y un viento colosal que derribó muchas de las estanterías, lanzando su contenido por los aires.

Algunos productos químicos se derramaron y empezaron a arder por combustión espontánea al contacto con el oxígeno de la atmósfera. La

cueva amenazaba con convertirse en un infierno.

Me puse en pie. Pendrall yacía en el suelo, con la cara manchada de sangre.

—Vámonos, Lola.

La puerta de hierro había sido arrancada de sus goznes, por la fuerza de la explosión. Teníamos la libertad al alcance de nuestra mano.

Yo me arrodillé al lado de Pendrall. Respiraba dificultosamente, pero vivía.

—No podemos abandonarle aquí —dije.

Lola asintió. Las llamas adquirían mayor incremento a cada segundo que pasaba.

Arrastramos a Pendrall hasta el exterior. Entonces abrió los ojos.

—Será inútil todo lo que hagan —murmuró—. No podrán escapar. ,

—Usted ya no está en condiciones de impedirlo. Nos iremos. Denunciaremos el caso. Vendrán barcos y aviones que destruirán esta isla maldita...

Pendrall sonrió.

—¿Qué me dice de la cúpula causada por seis mil mentes proyectando energía al mismo tiempo? Es absolutamente intraspasable por cualquier proyectil...

—No faltarán medios —contesté—. Si nosotros fuésemos de otra índole le machacaríamos la cabeza aquí mismo. De todas formas, vamos a ganar un poco de tiempo.

Con sus propias ropas, hice tiras y lo até sólidamente. El golpe en la cabeza, no mortal, desde luego, había mermado considerablemente sus facultades psíquicas.

Todos los esfuerzos que hizo para hipnotizarnos, resultaron inútiles. Echaba espumarajos de rabia, pero no le hicimos caso.

Momentos después, emprendíamos la marcha, ignorando con desdén sus invectivas.

Lola dijo:

—Es una suerte que sólo sea telépata. Me estremezco al pensar en lo que podría ocurrir si poseyera las facultades de Jimmy.

—No hubiéramos podido atarle —contesté sencillamente.

—O se habría soltado, por sí mismo... pero esto nos concede el tiempo suficiente para ver a Jimmy.

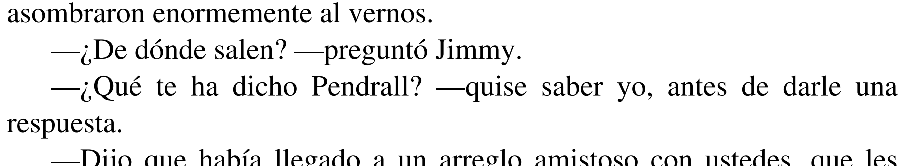
Me sobresalté.

—¿Para qué quieres ver a tu primo? —pregunté.

—Deseo convencerle de que abandone Blackaboor y vuelva a casa —respondió ella.

Era una petición lógica. No podía negarme a los deseos de Lola.

Emprendimos la marcha hacia la ciudad de lona. Jimmy y Rosita se



asombraron enormemente al vernos.

—¿De dónde salen? —preguntó Jimmy.

—¿Qué te ha dicho Pendrall? —quise saber yo, antes de darle una respuesta.

—Dijo que había llegado a un arreglo amistoso con ustedes, que les había convencido para que abandonaran la isla. Nosotros le vimos salir de la tienda acompañándoles a ambos.

—Charlaban muy amigablemente —añadió Rosita.

—¡Qué embustero!—dijo Lola, indignada—. Estábamos hipnotizados, primo.

Jimmy se asombró.

—¿Qué estás diciendo, Lola?

—Lo que oyes, Jimmy —contestó la chica sin inmutarse—. Pendrall dijo que iba a ensayar con nosotros un procedimiento quirúrgico para convertirnos en seres iguales a vosotros.

—Nos encerró en su laboratorio de la cueva, pero conseguimos escapar —agregué yo—. ¿No habéis oído un fuerte estampido?

—Sí, pero no creíamos que...

—Volamos la puerta con un explosivo —aclaré—. Pendrall resultó herido, pero no de gravedad. Conseguimos atacarle, aprovechando su relativa indefensión mental...

—Y aquí estamos —siguió Lola—, para pediros que os vengáis con nosotros.

Jimmy negó con la cabeza.

—Nos quedamos —contestó.

—Es una locura —gritó Lola.

—Nuestro punto de vista es distinto —terció Rosita.

—Tenemos una misión que cumplir —dijo Jimmy con voz de iluminado—. Nada ni nadie nos hará apartarnos de ella.

Me pasé la mano por la cara.

—Jimmy, os surgirán tantos obstáculos, que llegaréis a maldecir el día en que os dejasteis embaucar por Pendrall. ¿Es que no conocéis sus intenciones?

Una sonrisa indefinible apareció en los labios del muchacho.

—Pendrall —dijo—. ¡Pobre ingenuo! Cree que podrá dominarnos, pero nos desharemos de él cuando nos convenga.

Me quedé aterrado.

Aquellas palabras, mejor que cualesquiera otras, explicaban claramente los propósitos de aquellos seres supranormales.

Prácticamente, podía decirse que no necesitaban de Pendrall para nada.

—Él ha prolongado su vida por medios químicos —siguió Jimmy—. Nosotros, emplearemos el poder de la mente para no envejecer. Podemos

hacerlo y lo haremos. Él, Pendrall... quizá...

Se interrumpió bruscamente. Pendrall acababa de aparecer junto a nosotros.

Lola lanzó un grito de espanto. El aspecto del científico era horroroso. Parecía haber perdido la razón.

—¡Os mataré a los dos! —aulló, ebrio de ira.

Y extendió las manos hacia nosotros.

Entonces, Jimmy se interpuso en su camino. Le miró fijamente y le hizo retroceder.

Jimmy le empujaba con el poder de su mente. Además, hizo otra cosa.

Una horrible transformación se produjo en Pendrall. Su cabello se volvió casi repentinamente blanco y luego cayó en grandes mechones, que revolotearon por el aire.

Su rostro se cubrió de infinidad de arrugas. Varias cositas blancas cayeron de sus labios, cuando empezó a tartajear palabras ininteligibles.

Aquellas cosas blancas eran sus dientes.

Sus manos y sus dedos tomaron el aspecto de sarmientos. Su cuerpo se encorvó. Las piernas le vacilaban.

—No... no... —gemía con voz cascada.

De pronto, cayó al suelo y se arrastró abyectamente a los pies de Jimmy. Éste le contemplaba con una sonrisa de triunfo en los labios.

Pendrall dejó de moverse a los pocos minutos.

Había muerto de vejez.

Jimmy se volvió hacia nosotros.

—Tuve que hacerlo —dijo tranquilamente—. Retiré la vitalidad de sus células y, en esos pocos minutos recorrió el tiempo que había retrasado por medios bioquímicos. Lo hice por vosotros. Os apreciamos, en medio de todo.

»Pero no tratéis de impedir nuestros planes. Conquistaremos el planeta, os guste o no, y seremos sus dueños. La mente nos impedirá envejecer. Nacerán hijos de nosotros, que poseerán nuestras facultades, incluso mejoradas. Una nueva raza vivirá en la Tierra al cabo de cien años, solamente. Una raza de inmortales —concluyó.

Lola y yo nos miramos, llenos de terror. De pronto, obedeciendo a un impulso incontenible, agarré su mano y eché a correr.

Jimmy y Rosita no hicieron nada por detenernos.

* * *

Hacía horas que habíamos abandonado Blackaboor.

Lola y yo apenas hablábamos.

Estábamos abrumados. ¿Quién creería en nuestra historia?

Cualquier destacamento armado que desembarcase en Blackaboor sería inexorablemente destruido. O convencerían a su jefe de que sólo había allí una colonia de jóvenes que querían vivir libremente y sin convencionalismos sociales.

Y un día, se esparcirían por el mundo y lo conquistarían.

Sería una invasión lanzada desde dentro, para la que no habría resistencia posible.

Habíamos perdido de vista la isla hacía muchas horas. Y era de noche.

De pronto, bajo el horizonte, muy lejos de nosotros, se encendió una luz vivísima.

Lola gritó alarmada:

—¿Qué es eso, Bill?

La luz parecía un chorro de fuego que subió a miles de metros de altura, disipando las tinieblas en decenas de kilómetros a la redonda.

En la barca veíamos como si fuese de día.

De pronto, lo comprendí todo.

—¡Lola, ha explotado el volcán!

Estábamos a unos veinticinco kilómetros de distancia. El estampido tardaría aún algunos minutos en llegar hasta nosotros.

Lo peor sería la onda explosiva. Y el maremoto consiguiente.

—¡Aprisa, pon el motor en marcha! —grité.

La velocidad máxima era de quince nudos. Era una barca de recreo, no para competiciones. Apenas si pudimos ganar tres o cuatro kilómetros más antes de que divisáramos en la lejanía la espumeante cresta de la primera ola.

Habíamos resistido bastante bien el primer embate del soplo de aire causado por la explosión. Con el oleaje que se levantó, estuvimos a punto de naufragar varias veces, pero, finalmente, aunque con graves daños en la estructura de la barca, conseguimos sobrevivir.

* * *

Los periódicos dieron muchas explicaciones para justificar la catástrofe, pero oreo que ninguno acertó con la verdadera.

Yo creo, simplemente, que la potencia mental de cinco o seis mil cerebros, debilitó considerablemente las paredes rocosas donde se encerraban la lava ardiente y los gases a enorme presión. Y si no, ¿cómo se explica aquel polvillo finísimo que caía después de deshacerse la cúpula de energía?

No hubo supervivientes entre los ocupantes de Blackaboor. Tan sólo se encontraron algunos cadáveres por las tripulaciones de los barcos que, días después, se acercaron al lugar de la catástrofe.

Los cuerpos de Jimmy y Rosita no aparecieron jamás.

Mis amigos, los Beand, llegaron a consolarse finalmente, sobre todo, una vez que conocieron la verdad. Se les hubiera hecho insoportable la idea de tener un hijo convertido en un monstruo, en un amo de esclavos...

En cuanto a Lola y a mí, hemos tenido ya el primer hijo. Es normal, por fortuna.

Pero quedan por ahí todavía varios millares de niños que pronto serán adultos. Son la «segunda ola».

Quizá no se cumplan mis temores, pero tal vez un día, sin necesidad de un doctor Pendrall, se den cuenta de lo que pueden conseguir todos juntos. Si empiezan a reunirse, ¿qué pasará?

Para ellos no habrá otra segunda isla de Blackaboor.

A nosotros sólo nos queda un recurso: esperar y vigilar.

¿Será suficiente?

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

